



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¡Bah! nadie nos ha visto —respondió Keraban—
y ni Mahoma nos reconocería.

—¿Qué hay, Ahmet? —preguntó la jóven, que
acababa de reunirse con su futuro.

—Nada, querida Amasia —respondió Ahmet—
nada.

En aquel momento, Kidros apareció en el dintel de
la puerta grande, en el fondo del patio, y exclamó:

—¡Si, llegais á tiempo, señor Juez!

En efecto, el Juez, pedido á Trebisonda, acababa
de llegar á la posada, en donde debía pasar la noche,
á fin de proceder á la mañana siguiente á la informa-
ción reclamada por la pareja kurda. Venia segui-
do de su escribano y se detuvo en el dintel.

—¿Cómo —dijo— esos bribones habrán repetido
su tentativa de la noche última?

—Así parece, señor Juez —respondió Kidros.

—Que se cierren las puertas de la posada —dijo

el magistrado con una voz grave. Prohíbo que salga
nadie sin mi permiso!

Estas órdenes fueron ejecutadas prontamente, y
todos los viajeros pasaron al estado de prisioneros, á
los que la posada iba á servir momentáneamente de
prisión.

—Y ahora, señor Juez —dijo la noble Saraboul,
—pido justicia contra esos malhechores, que no han
tenido temor, por segunda vez, de atacar á una mu-
jer sin defensa....

—¡No solamente á una mujer, sino á una kurda!
—añadió el señor Yanar con un gesto amenazador.
Scarpante, como es fácil comprender, seguía toda
aquella escena sin perder el menor detalle.

El Juez (de aspecto astuto, de hundidos ojos, na-
riz puntiaguda, boca comprimida, que desaparecía en
los mechones de su barba), buscaba el reconocer
con la vista la fisonomía de todas las personas en-

cerradas en la posada, cosa que no dejaba de ser difícil, con la poca claridad que esparcía la única linterna depositada en un rincón del patio. Hecho rápidamente este examen, dirigiéndose a la noble viajera, la preguntó:

—¿Afirmáis que la noche última han intentado penetrar algunos malhechores en vuestra habitación?

—¡Lo afirmo!

—¿Y que acaban de repetir su criminal tentativa?

—¡Ellos ó otros!

—¿No hace más que un momento?

—¡No hace más que un momento!

—¿Los reconoceríais?

—¡No!... ¡Mi habitación estaba oscura, igualmente este patio, y no he podido ver sus caras!

—¿Eran numerosos?

—¡Lo ignoro!

—¡Los subrémos, hermano mío—exclamó el señor Yanar—lo sabrémos, y desgraciados esos brúnes!

En aquel momento, el señor Keraban repetía al oído de Van Mitten:

—¡No hay nada que temer! ¡Nadie nos ha visto!

—¡Felicizmente—respondió el holandés—no del todo seguro de las consecuencias de aquella aventura—porque, con esos diablos de kurdos, el negocio sería malo para nosotros!

Sin embargo, el Juez iba y venía. Parecía no saber qué partido tomar, con gran disgusto de los aquejados.

—¿Señor Juez—repuso la noble Saraboul, cruzando los brazos sobre el pecho—la justicia quedará desarmada en vuestras manos?... ¿No somos súbditos del Soltan, que tienen derecho á su protección?... ¿Una mujer de mi clase hubiera sido víctima de semejante atentado, y los culpables, que no han podido fugarse, se escaparían al castigo?

—¡Es verdaderamente soberbia, esta kurda!—observó muy justamente Keraban.

—¡Soberbia... pero espantosa!—respondió Van Mitten.

—¿Qué decidís, señor Juez?—preguntó el señor Yanar.

—¡Que traigan lúces, antorchas!—exclamó la noble Saraboul.—Entonces veré... buscaré... reconoceré tal vez á los malhechores que han osado.

—Es inútil—respondió el Juez.—Yo me encargo de descubrir al ó á los culpables!

—¿Sin luz?

—¡Sin luz!

Y el Juez hizo una señal á su escribano, que salió por la puerta del fondo, despues de haber hecho un gesto afirmativo.

Durante aquel tiempo, el holandés no podía ménos de decir muy bajo á su amigo Keraban:

—¡No sé por qué no me siento muy seguro sobre el resultado de este asunto!

—¡Eh, por Allah! ¡siempre tenéis miedo!—respondió Keraban.

Todos se callaron entonces, aguardando la vuelta del escribano, no sin un sentimiento de curiosidad muy natural.

—Así, señor Juez—preguntó Yanar—pretendeis, en medio de esta oscuridad, reconocer.

—¿Yo?... ¡No!...—respondió el Juez. Voy á encargar este asunto á un inteligente animal, que más de una vez me ha ayudado con certeza en mis informaciones.

—¿Un animal?—exclamó la viajera.

—Sí... una cabra... una astuta y maligna bestia, que sabrá denunciar al culpable, si el culpable está todavía aquí. Y debe estar, puesto que nadie ha podido abandonar el patio de la posada, desde el momento en que se ha cometido el atentado.

—¡Es loco ese Juez!—murmuró el señor Keraban. En aquel momento entró el escribano, tirando por su collar á una cabra que llevó en medio del patio.

Era un lindo animal, cuyos intestinos contienen algunas veces una concrecion pizarrosa, el bezoar tan estimado en Oriente por sus pretendidas cualidades higiénicas. Aquella cabra, con su delgado hocico, su rizada barbilla, su mirada inteligente, en una palabra, con su «fisonomía espiritual», parecía digna de aquel papel de adivinadora que su amo le proporcionaba. Se encuentra, en grandes cantidades, manadas de estos animales esparcidos por toda el Asia Menor, la Anatolia, Armenia, Persia, y son notables por su vista tan fina, su oído, su olfato, y su extremada agilidad.

Aquella cabra (á la que el Juez atribuía tanta sagacidad) era de regular talla, blanco el vientre, el pecho y el cuello, pero negra en la frente, la barba y la línea media de la espalda. Se había echado muy graciosamente sobre la arena, y con malicioso aire, y volviendo sus pequeños cuernos miraba á «la sociedad.»

—¡Qué bonito animal!—exclamó Nedjeb.

—¿Pero qué quiere hacer ese Juez?—preguntó Amasia.

—¡Alguna brujería sin duda—respondió Almet—que esos ignorantes creen!

Esta era la opinión del señor Keraban, que no se contentaba más que con alzar las espaldas, mientras Van Mitten miraba aquellos preparativos con aire algo inquieto.

—¿Cómo, señor Juez—dijo entonces la noble Saraboul—es á esta cabra á quien vais á pedir que reconozca á los culpables?

—Á ella misma—respondió el Juez.

—¿Y responderá?

—¡Responderá!

—¿De qué manera?—preguntó el señor Yanar, perfectamente dispuesto á admitir, en su cualidad de kurdo, todo lo que presentaba alguna apariencia de superstición.

—Nada más sencillo—respondió el Juez.—Cada uno de los viajeros presentes va á venir, el uno despues del otro, á pasar la mano sobre la espalda de esta cabra, y en el momento que sienta la mano del culpable, este astuto animal le designará por su nombre.

—¡Ese buen hombre es sencillamente un brujo de feria—murmuró Keraban.

—Pero, señor Juez, jamás...—observó la noble Saraboul—jamás un simple animal...

—¡Vais á verlo!

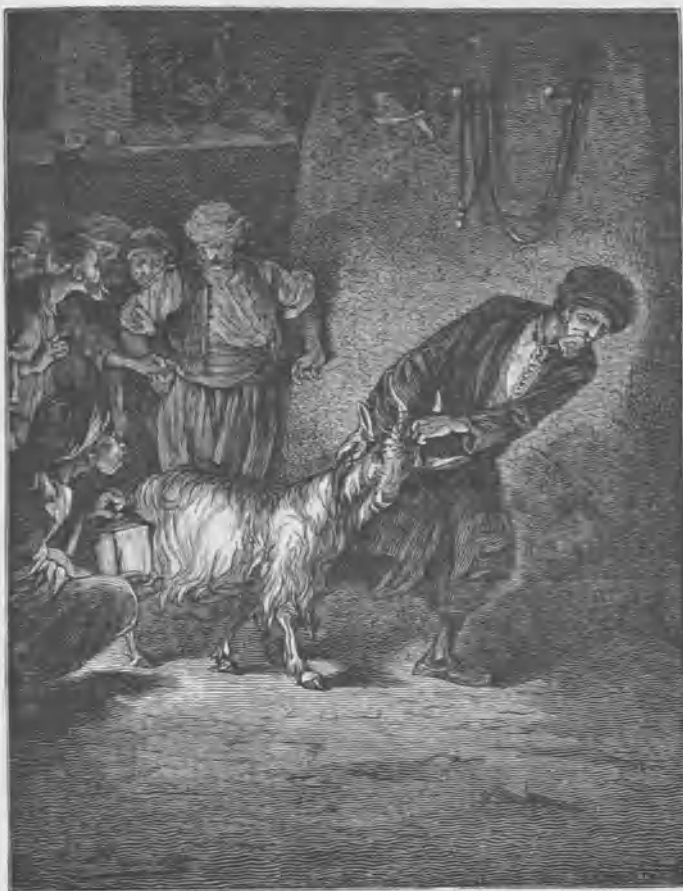
— ¿Y por qué no?.... — respondió el señor Yanar. Así, aunque no puedo ser acusado de este atentado, voy á dar el ejemplo y comenzar la prueba.

Al decir esto, Yanar se fué cerca de la cabra, que permanecía inmóvil, la pasó la mano por la espalda, desde el cuello hasta la cola.

La cabra continuó callada.

— Otros — dijo el Juez.

Y sucesivamente los viajeros encerrados en el patio imitaron al señor Yanar, y acariciaron la espalda del animal; pero no eran culpables, sin duda, puesto que la cabra no hizo oír ningun balido acusador.



Entró el escribano tirando por su collar á una cabra.

VIII.

CONCLUYE DE UNA MANERA MUY INESPERADA, SOBRE TODO PARA EL AMIGO VAN MITTEN.

Mientras se efectuaba aquella prueba, el señor Keraban habia llamado á parte á su amigo Van Mitten y á su sobrino Ahmet. Hé aquí el final del diálogo que se cambiaba entre ellos (diálogo en el que, el incorregible Keraban, olvidando sus buenos deseos de no enterarse más, iba á exponer otra vez su manera de ver y hacer).

— ¡Eh, amigos míos — dijo — ese brujo me parece sencillamente un gran imbécil!

— ¿Por qué? — preguntó el holandés.

— Porque, ¿quién impide! al culpable ó á los culpables (vosotros, por ejemplo) el simular de acariciar á la cabra, pasándola la mano sobre el lomo sin tocarla? Por lo ménos ese juez hubiera debido ejecutarlo en plena luz, á fin de impedir toda superchería. Pero en la sombra, es absurdo.

— En efecto — dijo Van Mitten.

— Así voy á hacerlo — repuso Keraban — y os induzco á que sigáis mi ejemplo.

— ¡Eh, tío — repuso Ahmet! — que se le acaricie que no se le acaricie, bien sabéis que el animal balará tanto á los inocentes como á los culpables.

— Evidentemente, Ahmet; pero puesto que ese buen hombre de juez es bastante simple para obrar de esa suerte, pretendo ser ménos simple que él, y

no tocaré á ese animal. Y os ruego que tampoco lo toqueis vosotros.

— ¡ Pero tío !.....

— ¡ Ah ! no hay discusion en eso — respondió Keraban, que comenzaba á incomodarse.

— Sin embargo — dijo el holandés.

— Van Mitten, si tuvierais el atrevimiento de tocar el lomo de ese animal, nunca os lo perdonaria.

— Sea. No tocaré absolutamente nada, por no disgustaros, amigo Keraban. Poco importa, por otra parte, puesto que, mediante la oscuridad, nadie nos podrá ver.



Voy á dar el ejemplo.

La mayor parte de los viajeros acababan de sufrir aquella prueba, y la cabra todavía no habia acusado á nadie.

— A nosotros nos toca, Bruno — dijo Nizib.

— ¡ Dios mio, qué estúpidos son los orientales, fiándose de ese animal ! — respondió Bruno.

Y el uno despues del otro, fueron á pasar la mano por la espalda de la cabra, la que baló de la misma manera que á los viajeros precedentes.

— Mas vuestro animal no dice nada — exclamó la noble Saraboul — interpellando al juez.

— ¿ Es una burla ? — añadió el señor Yanar. — Seria muy peligroso burlarse de kurdos !

— Paciencia — respondió el juez sacudiendo la ca-

beza con aire maligno — si la cabra no ha balado, es que el culpable no la ha tocado todavía.

— ¡ Diabolo, no falta más que nosotros ! — murmuró Van Mitten, que, sin saber por qué, dejaba percibir alguna vaga inquietud.

— Vamos nosotros — dijo Ahmet.

— Sí, yo el primero — respondió Keraban.

Y al pasar delante de su amigo y sobrino,

— Sobre todo, no la toqueis — repitió en voz baja. Despues, extendiendo la mano por encima de la cabra, simuló acariciarla lentamente la espalda, pero sin tocar ni á un solo pelo.

La cabra no baló.

— ¡ Eso me tranquiliza ! — dijo Ahmet.

Y siguiendo el ejemplo de su tío, apenas su mano tocó el lomo de la cabra.

La cabra no baló.

Le correspondía al holandés. Van Mitten, el último de todos, iba á ejecutar la prueba ordenada por el juez. Se adelantó, pues, hacia el animal, que parecía mirarlo; pero así y todo, por no disgustar á su amigo Keraban, se contentó con pasear dulcemente su mano por encima del lomo de la cabra.

La cabra no baló.

Hubo un ¡oh! de sorpresa y un ¡ah! de satisfacción en toda la concurrencia.

—Decididamente, vuestra cabra no es más que una bestia — exclamó Yanar con voz de trueno.

—No ha reconocido al culpable — exclamó á su vez la noble kurda — y sin embargo el culpable está aquí, puesto que nadie ha podido salir de este patio.

—Hein — dijo Keraban — ese juez con su bestia tan lista, es bastante ridiculo, Van Mitten.

—En efecto — respondió Van Mitten, absolutamente convencido sobre el término de la prueba.

—¡Pobre cabrita! — dijo Nedjeb á su señorita: — ¡qué se la va á castigar porque no ha dicho nada!

Todos miraban entonces al juez, cuyos ojos, animados de malicia, brillaban en la oscuridad como un carbunco.

—Y ahora, señor juez — dijo Keraban con un tono algo sarcástico — puesto que vuestra indagacion ha terminado, nada se opone, pienso yo, á que nos retiremos á nuestras habitaciones.

—¡Eso no será! — exclamó la viñera irritada. — ¡No, eso no será! Un crimen se ha cometido....

—¡Eh, señora kurda! — replicó Keraban, no sin cierta cólera — no tendréis la pretension de impedir á personas honradas el dormir cuando gusten de ello.

—¡Decís eso, señor turco.... — exclamó el señor Yanar.

—En el tono que me conviene, señor kurda — repuso el señor Keraban.

Scarpante, pensando que el golpe preparado por él habia fracasado, puesto que los culpables no habían sido descubiertos, no vió sin cierta satisfacción aquella disputa entre el señor Keraban y el señor Yanar. Tal vez de allí surgiría una complicacion que ayudaría sus proyectos.

Y, en efecto, la disputa se acentuaba entre aquellos dos personajes. Keraban ántes se hubiera dejado detener, condenar, que no decir la última palabra. Ahmet tambien iba á intervenir para ayudar á su tío, cuando el juez dijo simplemente:

—Poncos todos en fila, y que traigan luces.

Kidros, á quien se dirigía aquel mandato, se apresuró á ejecutarle. Un instante despues, cuatro criados de la posada entraban con antorchas y el patio se iluminaba rápidamente.

—Que todos levanten la mano derecha — dijo el juez.

Á aquella orden, todos levantaron la mano derecha.

Todas estaban negras por la palma y los dedos, excepto las del señor Keraban, Ahmet y Van Mitten.

En seguida el juez, designando á los tres, dijo:

— Los malhechores.... son éstos.

—¡Hein! — dijo Keraban.

—¡Nosotros? — exclamó el holandés, sin comprender aquella inesperada afirmacion.

—Si, ellos — repuso el juez. — Que hayan tenido temer ó no de ser denunciados por la cabra, poco importa. Lo cierto es que teniéndose por culpables, en vez de tocar el lomo de ese animal, que estaba revestido con una capa de hollin, no han hecho más que pasar la mano sin tocar al animal, y ellos mismos se han acusado.

Un murmullo lisonjero (muy lisonjero para la ingeniosidad del juez) se elevó entre los concurrentes, mientras que el señor Keraban y sus compañeros, muy contrariados, bajaban la cabeza.

—¡Así! — dijo el señor Yanar — son éstos los tres malhechores que han osado la noche pasada....

—¡Eh! la última noche — exclamó Ahmet — estábamos á diez leguas del paradero de Bissar.

—¡Quién lo prueba? — replicó el juez. — En todo caso, hace un instante habeis intentado introducir en la habitacion de esta noble viajera.

—Pues bien, sí — exclamó Keraban, furioso de haberse dejado coger en aquel lazo. — Sí.... nosotros somos los que hemos entrado en ese corredor. Pero no es más que un error de nuestra parte, ó mejor dicho, de uno de los sirvientes del paradero!

—¡De verdad! — respondió irónicamente el señor Yanar.

—¡Sin duda! nos indicó la habitacion de estos señores como siendo la nuestra.

—¡Eso es un cuento! — dijo el juez.

—¡Estamos cogidos — pensó Bruno — el tío, el sobrino y mi ama?

El hecho es que, cualquiera que fuere su aplomo habitual, el señor Keraban estaba absolutamente desconcertado, y lo estuvo más cuando el juez dijo, volviéndose hacia Van Mitten, Ahmet y él:

—¡Que se les ponga en prision!

—¡Sí, en prision! — repitió el señor Yanar.

Y todos los viajeros, á los cuales se unieron la gente de la posada, gritaron:

—¡Á la cárcel! ¡Á la cárcel!

En suma, al ver el giro que tomaban las cosas, Scarpante no podía por ménos de regocijarse de lo que habia hecho. El señor Keraban, Van Mitten y Ahmet, presos á la vez, el viaje interrumpido, una tardanza más á la celebracion del matrimonio, y sobre todo, la separacion inmediata de Amasia y su futuro, la posibilidad de continuar en mejores condiciones y conseguir la tentativa que habia fracasado con el capitán maltes.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

por

LUIS BOUSSENARD.

Pero se decía en voz baja que favorecía las evasiones, que los forzados encontraban en su choza armas y provisiones, y que se había convertido en un proveedor y banquero. El lector no debe asombrarse al oír esta palabra. Todos los forzados tienen dinero, y hay algunos que poseen sumas considerables, producto de robos anteriores. Esas sumas llegan á su poder secretamente y las entierran ó las confían á los licenciados, que las hacen crecer, devolviéndolas con toda fidelidad á su debido tiempo. Es muy raro que se roben unos á otros. La profesión de banquero de los ladrones era muy lucrativa y los negocios de Benedicto prosperaban. Su habilidad, su audacia y su energía eran tan singulares y desplegaba tal lujo de precauciones, que nadie pudo descubrirla ni siquiera ponerse al alcance de su voz, exceptuando á sus cómplices. Vivía retirado y no se presentaba durante el día.

La llegada de los tres fugitivos le llenó de júbilo. Al punto comprendió la importancia de la captura del indio y la consideró de un valor inapreciable al saber quién era y las circunstancias en que se había verificado.

— ¿Es un hallazgo que habéis hecho allá, hijos míos? — preguntó con siniestra sonrisa que se perdía en la espesa maleza de su negra barba. Es una fortuna. ¿Has sido tú, Tinguy, quien ha dado el golpe? Es de primer orden, hijo mío. Ea, toma un trago de ron. ¡Eh! vosotros, meted el hocico ahí dentro.

— Á tu salud, jefe.

— Á la vuestra, corderos. Cuéntame lo que has hecho para pescarle.

— Escucha — dijo Tinguy colocándose en actitud de narrador — es muy sencillo y muy breve. Ya sabes que era asistente del comandante. Esto me permitía entrar y salir á cada instante. Como dentro de un año debía cumplir, nadie desconfiaba de mí. Además, servía á la mesa y aprovechaba la ocasión para oír las historias que se referían. He procurado siempre abrir los oídos y abanicar en mi cabeza todo lo que pudiera tener alguna importancia. Así fué como cogí al vuelo la confianza que el doctor hizo á mi uno pocos días atrás. Se citaron para hoy, y cuando

acabó la comida se reunieron en la galería. Ya estaba yo emboscado debajo de la ventana entre las flores, y no perdí ni una palabra de su conversacion. Luego, al salir el piel-roja, le eché la garra encima, con Mathieu y Bonnet, á quienes avisé la víspera, y que estaban de guardia al extremo del paseo de mangos. Ya ves con qué facilidad se ha hecho todo.

— Muy bien — dijo el jefe riendo á carcajadas — muy bien. ¿Vosotros habéis pensado traer el cautivo á este viejo jefe, que es hombre prudente y que posee los fondos necesarios para la empresa?

— Sí — respondió Tinguy, el orador de la banda, mientras sus cómplices hacían movimientos de cabeza en sentido afirmativo.

— Habéis obrado perfectamente, hijos míos, y dentro de poco se habrá justificado vuestra confianza. Serémos ricos, millonarios.... Ningun capricho será caro para nosotros, y el diablo me lleve si no podemos adquirir diploma de hombres honrados.

— Indudablemente, pero con una condicion: es preciso que el indio hable.

— Hablará — dijo el jefe con voz sorda.

— Que nos guíe.

— Nos guiará — replicó en tono aún más lúgubre.

CAPÍTULO II.

Vencido por el tormento. — La guardia de un bandido. — En marcha hacia el El-Dorado. — Navegacion interrumpida — Asalto de una barricada. — En solo de flauta. — El jardín de las Hespérides y sus guardianas. — Los argonautas en fuga. — ¿Qué general manda el ejército de serpientes? — Terrores de los pillos. — La sabana inundada. — Con la brújula. — La línea curva es el camino más corto de un punto á otro. — Entre pieles-rojas. — Exigencias de la estúpida. — El gran jefe Akombaka se pone su traje de gala. — Formulario de recepciones recomendado al autor del *Atmanque del trato social*. — La copa de la amistad. — ¿Es el país del oro?

El indio se resistió durante cuatro días y cuatro noches. No hubo medio de doblegar su imposible energía. Sus verdugos le negaron hasta la más mínima parte de sustancia alimenticia, pero sufrió los rigores del hambre sin lanzar una queja. Sus labios secos dejaban escapar un aliento entrecortado, pero guardaron el secreto del oro. Los miserables se relevaban para impedirle dormir, y el insomnio estuvo á

punto de matarle. Experimentó náuseas, síncope y ataques nerviosos, pero no habló.

Benedicto presenciaba imposible aquella prolongada agonia. A pesar de los diez años transcurridos conservaba su proverbial brutalidad, pero, como decía con su asquerosa santidad de verdugo, tenía más mérito que antes. A la sazón obraba por su cuenta sin tanta algama y podía dar rienda suelta á su crueldad.

Era feraz por naturaleza, y como sus institutos estaban de acuerdo con sus intereses, experimentaba una verdadera alegría siempre que tenía ocasión de satisfacer sus aficiones.

— Vas á matarle — decía Tinguy. — No hemos hecho nada si muere á nuestras manos.

— Cállate, gallina. Ya está en punto de caramelo, y te aseguro que no tardará en ser razonable. La prueba es que mientras Bonnet le lapedirá que duerman pinchándole en los pies con espinas de anara ó frotándole la piel con una rama de *cunanan*, nosotros haremos los preparativos de marcha. Necesitamos provisiones para tres meses por lo ménos. Felizmente está bien abastecida mi despensa, y no tardaremos ni dos horas en cargar los viveres en la canoa. Vamos, un buen trago de ron para que os animéis.

— Tú, Bonnet, hijo náo, ojo al cristo.

— No tengas cuidado — contestó el presidiario haciendo un gesto digno de una hiena.

Hallábase los tres bribones disponiendo los barches, las cajas y los bultos, cuando en el silencio de la noche vibró un grito que no tenía nada de humano. Era un gemido desgarrador que encerraba todas las angustias, una protesta suprema de la materia animada contra el sufrimiento llegado á su paroxismo.

— Le va á matar — exclamó Tinguy, que parecía más feraz ó acaso más ladino.

— Déjale; cuando grita fuerte es señal de que no hay peligro. Un hombre á quien se está matando no chillá de esa manera. No debes ignorar — dijo en tono de broma — que los grandes dolores son mudos.

— Es posible. Pero si á fuerza de macharle de ese modo le sobreviene una calentura...

— La quinina no se ha inventado para los perros, y aunque un piel-rojo no vale mucho más, se le administrará en tiempo oportuno.

— Para todo tienes respuesta. No quisiera oírle.

Un segundo grito más desesperado, que terminó con un ronco aullido, le cortó la palabra.

— No creía que Bonnet fuese tan hábil, y acaba de dar pruebas de serlo. El indio estaba tumbado como un percoso y ahora cuenta que se las pela. Decididamente va á charlar. Volvamos á la choza, puesto que la piragua está preparada.

No tardaron en llegar á aquella, que estaba iluminada por las llamas del hogar. Santiago, tras pasado por el dolor, con los ojos apagados y el rostro contraído, reclinaba los dientes, alentando con fatiga. Su verdugo, sentado enfrente, le dirigía su maléfica mirada. Una sonrisa diabólica asomaba á sus delgados labios y en su cara se retrataba cierta expresión de bienestar.

Hé aquí lo que había inventado aquel miserable:

observando que la infortunada víctima, abatida por el hambre y quebrantada por el insomnio, no sentía los pinchazos de las espinas, dijo:

— Este animal tiene la piel más dura que un maipuri. Esto entra como en una pelota y ni siquiera le obliga á decir ¡ay! Espera un poco, buen mozo.

Vió una carabina con baqueta colgada encima del hogar para preservarla de la humedad, sujetó el saca trapos y se detuvo un momento. Le palpó todo el cuerpo como si buscara la parte más sensible y luego se sonrió. La había encontrado.

Cogiéndole entonces una mano del infeliz, que estaba inmóvil y sujeto como un condenado á muerte, puso el saca trapos en la yema del dedo índice y dió una vuelta á la varilla. El instrumento se compone, como es sabido, de dos espirales opuestas que terminan en dos puntas separadas entre sí por un espacio de medio centímetro. Una de ellas penetró por debajo de la uña, mientras la otra se introducía en la piel. En el momento brotó una gota de sangre, y fué tan intensa la torsión que el acero rechinó contra el hueso.

Sacudido Santiago por tan terrible conmoción, salió de su letargo, dando el primer grito.

— ¿Hablarás? — le preguntó el bandido. — ¿Nos dirás dónde está el oro? ¿Nos jugarás?

— Na..... — dijo el heroico jóven, rugiendo con los dientes apretados y el pecho jadeante.

El forzado dió una vuelta más.... y luego otra. Brotaba el sudor por el cuerpo del martir. Su boca despedía espuma y dejó escapar un aullido.

— Ya lo sabes, cuando haya acabado con las manos empezaré con los pies. Habla y no seas tonto.... ¿Qué tal, Kafina? ¿Estas decidido á servirnos de guía? — preguntó dando al saca trapos una vuelta capaz de arrancarle la uña.

Santiago no podía respirar.

— Si..... sí.

En aquel momento llegaron los tres cómplices.

— ¡Júrslo.

— Sí..... lo..... juro.

— ¿Dónde está el oro?

— Subid..... por el Marouí..... durante....

Su voz se hizo ininteligible.

— ¿Durante cuánto tiempo? — preguntó el verdugo retorciendo el dedo mutilado.

— Seis días..... ¡Oh! ¡miserable!.....

— Bueno..... bueno..... ¿Y despues?

— ¡El riachuelo!.....

— ¿Cuál riachuelo? Á derecha, á izquierda. Despachemos pronto.

— Á la derecha..... el sexto.... pasado..... el salto.

— Ea, ya tenemos bastante — dijo Benedicto interviniendo. — Cuando hayamos barloventado ese tiempo en el río veremos lo que se debe hacer. ¿Caramba! ¿Qué buen juez serias, Bonnet!

— ¡Bah! — repuso con modestia el bandido retirando muy despacio el saca trapos — los *curiosos* (magistrados) no saben su oficio.

— Si, si, ya comprendo. Si empleasen esos medios no habría un picaro que tuviera la cabeza sobre los hombros.

— Seguramente. Delante del tribunal no se dice

sino lo que vale poco, y te confieso que no hay uno sólo capaz de sufrir la milésima parte que este piel-roja.

—En fin, puesto que ha declarado, me evito emplear otros resortes.

—Es verdad. Me habías dicho que conoces un procedimiento para hacerle hablar. ¿Puedo conocer la receta?

—¡Ya lo creo! Seis pulgadas de pajueta al redor de los dedos gruesos de los pies, y te garantiza que habla aun cuando tenga en la boca la cerradura de un arco de caudales.

—Perfectamente; ya sabes lo que traces entre manos —replicó el bandido acompañando su repugnante elogio con una sonrisa aun más repugnante.

—Ahora, en marcha, corderos. Vuestra evasión no tardará en ser conocida. Antes de cuatro horas los bofetos del presidio registrarán las dos orillas y no será prudente estar aquí, tanto más cuanto no debo goiar allá de buena fama. ¡Ah! ¡si todavía estuviera en el establecimiento! —gritó, levantando la nariz como un perro perdiguero.

—No harías más que tus compañeros —dijo Tinguy, echando un trago. —He oído á varios compañeros que hace diez años te dejaste burlar por un pícaro.

—Si —contestó raiñosamente el antiguo vigilante. —Un pícaro, como tú dices, que se hubiera comido á cuatro de vosotros. Además, si aquel día no me hubiera roto la pierna un tigre, te aseguro que le hubiese trincado como á este piel-roja.

—¿Un tigre! —exclamaron los tres bribones, interesados con la perspectiva de una aventura dramática. —¿Había un tigre?

—Sí, y de buen tamaño. Pues bien, aquel instante le corió la cabeza como á un pollo con un solo sablazo.

—¿Y qué hacías tú entretanto?

—Yo estaba desmayado como una carpa entre los dos pedazos del tigre.

—Y el fugado ¿qué te hizo?

—No te importa... —respondió brutalmente Benedicto. —Vamos.

Cinco minutos después se deslizaba la piragua sobre las ondas del Maroni. Santiago tenía las piernas atadas y las manos libres, y devoraba con avidez un trozo de jigote de kariacu. En sus negros ojos se reflejaba un odio feroz.

—El secreto del oro es mortal —había dicho al poner el pie en la canoa. —Os confesaré, pero os matara. Moriremos todos —dijo con salvaje alegría.

—Está bien —dijo Benedicto con su bestial sonrisa. —Anda, hijo mío; asegúrense nuestras vidas, y nuestros herederos tendrán para divertirse. Entre tanto, come, bebe, duermes si quieres, pero no trates de engañarnos, porque ya me conoces.

Santiago no respondió.

Seis días después pasó la embarcación el salto, penetró en el riachuelo indicado por el jóven. Los sucesos á que hemos asistido al principio del capítulo anterior se habían realizado; Santiago estaba libre y Bonnet acababa de caer herido en el suelo por una flecha india.

—¡Esto es oro! —había exclamado Benedicto, después de secar la punta manchada de sangre.

Los cuatro bandidos miraban con ojos chispeantes aquel pedazo de metal groseramente trabajado. Hasta el herido parecía olvidar su dolor y no pensaba más que en detener la sangre que brotaba de su desnuda pierna.

¡Oro!

Al verle se manifestó su codicia más ardiente que nunca. Por fin estaba en aquel país misterioso en el que jamás había pisado ningún blanco.iban á colmar sus deseos. La leyenda de El-Dorado se convertía en una realidad.

Nada importaba que aquella primera muestra del precioso metal llegase en forma de siniestro mensajero de muerte. Al contrario, el empleo del oro en un objeto tan vulgar indicaba su extraordinaria abundancia. Ya no era de sentir la evasión del indio depositario del famoso secreto. Sus primeras declaraciones, unidas á las que Tinguy pudo deducir de su conversación en el presidio, bastaban á aquellos hombres resueltos, bien provistos de armas, de útiles y de víveres, á ignorando hasta la sombra de una preocupación.

Santiago había dicho al doctor y al comandante: «Después de estar dos días en el riachuelo, se encuentran siete montañas.» Sobre el azul pálido del horizonte recortaba su silueta una eminencia cubierta de árboles; y con tanta mayor razón podían presumir que aquella montaña era una de las designadas por el indio, cuanto el origen de la flecha disparada por el invisible arquero no podía ser dudoso.

—No me parece prudente continuar aquí —dijo Benedicto. —Una punta de oro hace el mismo efecto que una de hierro cuando encuentra el sitio del corazón. En retirada, hijos míos, á menos que Bonnet quiera aprovechar la ocasión de servir de blanco y regalarnos á cada uno media docena de esos jugueteros. Éste vale cien francos.

—Gracias, no estoy por eso —repuso el bandido, que comenzaba á palidecer.

—¡Ea! repito que es necesario volver atrás. Durante la noche podríamos tomar una determinación.

Sosteniendo al herido escudaron los troncos y las ramas esparcidas, volvieron á encontrar la piragua y llegaron sin obstáculos al *patuco*, cuyos tres palos seguían levantándose sobre la roca.

Después de una noche prolongada con los sueños de oro, determinaron los aventureros reanudar activamente su trabajo de zapa, á fin de practicar un paso. Bonnet quedó de guardia en el campamento. Su herida, aunque leve, necesitaba algunos días de descanso.

—Ved —decía Benedicto, subiendo por el riachuelo hasta la barrera vegetal — sus endemoniadas flechas no pueden llegar aquí. Además, estamos protegidos por el ramaje y no se atreverían á atacarnos por retaguardia, pues Bonnet está allí con su carabina.

—Te declaro una cosa en confianza, jefe —dijo á su vez Mathien, especie de estúpido siniestro que no hablaba nunca — quisiera ver más claro en todo esto.

—Y yo también.

— ¡Oh! tú has recibido educación y yo no.

— ¿Qué tiene que ver ahora mi educación?

— Nada. Quisiera decir, que no me explico por qué los individuos que han echado los árboles al agua no han esperado á cuando estuviéramos debajo para aplastarnos.

— ¿Quién te dice que esos árboles han sido desgranados á propósito y no han caído solos?

— Es posible. Pero la flecha que ha atravesado el muslo de Bonnet no ha salido sola del arco. Además, ¿por qué el individuo que la ha disparado no ha hecho puntaría en medio del corazón?

— Quizas estuviera ensayándose.

— No. Demasiado sabes que un indio no yerra jamás un golpe. Todos hemos visto que en lo más alto de los árboles hicieron á los *coates* (hombres negros) y á los *faísanes*. Los hay que ponen la flecha en un lianón colocado á treinta metros en la punta de un palo.

— ¿Sientes que Bonnet no haya sido tratado como un *coate*?

— Eres un animal. No lo siento. Lo que hago es aconsejarte. ¿Era tan fácil deshacerse de nosotros uno á uno! Esto me tiene inquieto. ¿Y á ti, Tinguy?

— No hay que temer por tan poca cosa. Yo creo que si no nos han inutilizado uno á uno, es porque no se han atrevido, ó acaso....

— O acaso — interrumpió Benedicto — porque creían que era como nosotros un insecto la flecha para matarla. Ea, ya hemos charlado bastante. Manos á la obra, que hay para tiempo.

Los tres hombres no dieron paz durante cuatro horas á la sierra, al hacha y al machete. Era tal su afán y tan extraordinaria el vigor de sus cuerpos acostumbrados á los trabajos de fuerza, que no parecían sentir los ardientes rayos del sol. El sudor brotaba á raudales de sus poros, que lamaban como solfaduras. Pero avanzaba la obra y aquellos trabajadores daban pruebas de su resistencia y de su habilidad. Los golpes se sucedían sin interrupción, llenando con su ruido el estrecho valle y repercutiéndose hasta el infinito sobre las cimas de las montañas, cubiertas de árboles gigantescos.

Durante treinta y seis horas trabajaron con feroz energía sin que tuvieran necesidad de interrumpir su faena. La vía estaba libre, y un canal de un metro de ancho cortaba el montón de troncos y de ramas.

Volviéron á cargar pacientemente las provisiones en la piragua, echaron abajo el *pataya* y colocaron á Bonnet en el centro de la embarcación sobre un colchonillo de hojas frescas. La herida del incrédulo comenzaba á cicatrizarse, gracias á continuas afusiones de agua fría, el sedante por excelencia.

— ¿Está preparado todo, hijos míos? — preguntó el jefe. — Adelante, y buena suerte.

La diada de los bandidos fué poco duradera. Apenas se había internado la piragua en el estrecho canal y avanzaba lentamente para evitar un choque contra las ramas, cuando se dejó oír una extraña música á lo lejos, unas cuatrocientos metros más arriba del obsáculo.

Parecía un solo de flauta, cuyas notas bajas suamente dulces, y que parecían resbalar sobre las aguas, debían repercutirse á gran distancia. Aquella melodía primitiva, lenta muchas veces y poco variada, no carecía de atractivo, pero convidaba un tanto al sueño. Quien hubiera vivido algun tiempo entre los galibis de la costa ó los *ricuyenas* y *oyampis* del interior habría reconocido al punto los sonidos de la gran flauta india, formada por un largo tubo de bambú.

Se interrumpió la melopea al cabo de unos seis minutos, y sin transición alguna recobró el tema una octava más alto. Hicieronse estridentes los sonidos, produciendo una impresión opuesta á la anterior. A la blanda languidez del primer motivo sucedió bruscamente una sensación desagradable como de dentera. Los perros melófilos hubieron aullado con desesperación.

Los cuatro aventureros experimentaron cierta inquietud, y Benedicto, la cabeza más firme de la sociedad, fué el primero que rompió el silencio.

— Esta música no tiene valor alguno para mí. Hubiera preferido un ataque franco. Esos canallas nos ven perfectamente. ¿Qué quieren hacer con sus silbatos de domadores de osos? Mathieu y Tinguy, apretad con alma, yo vigilaré.

Tomó una carabina, la cargó, y dándosela á Bonnet, le dijo:

— Tú, holgazán, empuña bien esta arma. Si no sirves para bogar, puedes enviar á nuestros enemigos algunos confites de plomo.

— Tienes razón, jefe — respondió el herido. — Trae.

Volvió á empezar la música con entonaciones bajas de infinita dulzura. Los sonidos, que al parecer se acercaban, procedían de la orilla enemiga.

— ¿Qué querrán esos miserables? — dijo gruñendo el irascible aventurero.

No tardó en saber á qué atenderse. La embarcación acababa de salvar la barrera vegetal, y los cuatro hombres vieron, con más sorpresa que temor, cubierta la orilla de hojas de mucu-múcn (*Cladium arborescens*), que unidas por medio de bejuocos, formaban una serie de pequeñas balsas de una superficie de dos metros cuadrados próximamente.

La flotilla se extendía hasta perderse de vista y bajaba con lentitud, siguiendo la corriente, muy débil en aquel punto.

— Si pretenden detenernos con esto, pierden el tiempo miserablemente — murmuró Benedicto. — Pasaremos á través de esa hojarasca como un cuclillo en un pedazo de manteeca.

Las balsas se acercaban en razón á la velocidad de la piragua y el jefe pudo ver en seguida que conducía seres vivientes animados por singulares movimientos. Estaba de pie, y sus compañeros le vieron palidecer de una manera espantosa. Sus ojos, dilatados por el terror, parecían fijos en un punto invisible. Sus labios temblaban y su respiración entrecortada y ronca apenas podía salir de su boca contraída. El sudor le brotaba del rostro, destilando en gotas por la barba.

Aquel espanto en un hombre era un espectáculo terrible.

— ¡Oh! ¡demonios! — rugió. — ¡Huyamos! Estamos... perdidos. La muerte, ¡oh, qué muerte tan horrible! ¡Serpientes!... ¡Millares de serpientes! ¡Tengo miedo!...

Oyóse la música de nuevo, aguda, silbante, furiosa. El instrumentista bajaba por la orilla al mismo tiempo que las balsas, á cuya velocidad subordinaba su marcha. Los aventureros se hallaban á unos veinte metros.

Una escena terrible se ofreció á su vista. Según había dicho el antiguo vigilante, toda aquella superficie vegetal estaba literalmente cubierta de serpientes. Las había de todas formas, de todos colores y de todos tamaños. Parecía que todos los ofidios de Guayana se habían dado cita en aquel reducido espacio.

La feroz tripulación de la extraña flotilla descendía lentamente siguiendo siempre al invisible flautista, cuya música la hacía pasar en pocos momentos de la calma más completa á la cólera más rabiosa. Ya caían rígidas y como catalepticas sobre las hojas, ya se levantaban dispuestas á arrojarse, replegadas, con la cabeza derecha, abiertas las mandíbulas, la lengua móvil y silbando fuertemente. Aquí el terrible *crótalo* agitaba sus sonajas; allá el formidable *rallo* (*trypocéfalo*) retorcia sus robustos anillos junto á la *serpiente coral*, cuya mordedura no tiene remedio, que parecía jugar con el pequeño *ape-ape*; más lejos la *serpiente cascadora*, de piel atigrada, la más andaz de todas, y la *serpiente bejuco*, color verde claro, de perezosa marcha, de tres metros de largo y del grueso de un portaplumas.

Por cada lado avanzaba la imponente tropa deculebras colosales, de boas monstruosas, de pytonos gigantes que levantaban más de un metro, haciendo ondular como vellos de cisne los suyos amarillos, verdes, azules ó sonrosados. Aquel enjambre de reptiles se retorcia, bogaba arrastrándose y silbando en torno á los presidiarios fugitivos, rodeándoles en fantástico círculo y llenando el aire con su característico y empalagoso olor de almizcle.

Los cuatro hombres, helados por el terror, viraron en redondo con dos golpes de paigú. Ya era tiempo. Algunos segundos más, y se encontraban en medio de los ofidios. La parte superior del riachuelo, cerrada como por una muralla de cien pies de altura, les era completamente inaccesible. Enfilaron llenos de espanto el estrecho canal que acababan de pasar, y desembocaron anhelantes, cubiertos de sudor y rechimando los dientes, cerca del salto.

¿Cómo bajar? La cascada tendría unos tres metros de altura, y no había que pensar en salvarla con la piragua, pues se hubiera roto sin remedio. Tampoco podían huir. Á la izquierda se extendían los grandes bosques defendidos por los hombres que disparaban flechas de oro; á la izquierda las sabanas inundadas y abajo el atómico cubierto de espuma. La situación de los bandidos era desesperada. La música seguía sin cesar. Las serpientes avanzaban, á veces de oír aquella fascinadora melodía. Las balsas de hojas de nucu-nucu se detuvieron delante del obstáculo for-

mado por los árboles caídos, y los reptiles las abandonaron para arrastrarse por las ramas esparcidas.

Era un espectáculo verdaderamente extraño y terrible la vista de aquellos millares de ofidios, de todas clases, de todos colores, de todos tamaños, que se arrollaban á las ramas moviendo sus aborquilladas lenguas, formando un lazo con sus flexibles anillos, avanzando y desanudándose sin dejarlo y avanzando siempre por aquel camino aéreo.

El implacable músico no se paraba, y los aventureros veían con terror acercarse el momento en que estarían completamente envueltos. Sin embargo, poco á poco fue haciéndose más lento el ritmo, debilitáronse los silbidos y la horrible trupa hizo un alto antes de llegar al claro, pero siempre dispuesta á seguir su marcha á la primera señal.

La vanguardia no acababa, pero la actitud de los que la componían indicaba claramente á los aventureros que no podían dar un paso adelante. Benedicto lo reconoció al punto. Lejos de querer reconocer que el misterioso músico, el cual hubiera podido en un instante entregarle á él y á sus compañeros como pasto á los enervados monstros, se contentaba con permanecer á la defensiva, creyó que vacilaba. No le faltó mala para atribuir su langüinancia á carencia de energía.

— No — gruñó — no hemos llegado aquí para retirarnos así como quiera. Esperad un minuto. Voy á aprovechar este momento de descanso para preguntar á la brújula la dirección de las montañas y el ángulo que forman con el riachuelo.

— No se sabe lo que puede suceder. Ya está — dijo, después de haber orientado rápidamente su brújula y escribiendo algunas notas en su cuaderno.

— ¡Vamos, jefe! — decían en tono plañidero Tinguy y Mathieu, quimeros, pálidos, con los labios temblorosos y con la camisa pegada al cuerpo, firtaban á impulsos del miedo. — Bajemos la piragua, después los vivos y volvamos al Maroni. Por ahora hemos perdido la partida.

— No, no está perdida — repuso con acento breve. — En este juego nos queda un triunfo todavía.

— ¿Qué quieres obligarnos á hacer?

— Mirad cómo una de esas balsas de nucu-nucu, detenida primero por los árboles, se dirige lentamente á través de la sabana inundada.

— Es verdad — dijo Bonnet escudriñando con su mirada de guardaña las aguas sembradas de juncos.

— ¿Y qué prueba eso? — preguntó Tinguy en su tono lastimero.

— Esto prueba, mala gallina, que una corriente, aunque débil, cruza la sabana. Puesto que existe, las aguas deben verter necesariamente al otro lado. Estoy persuadido de que esta sabana es un lago más ó menos grande en el que desemboca por necesidad un riachuelo que va á parar al Maroni ó á otro más anejo que el primero.

— ¿Y qué? ¿conseguimos algo con eso?

— Logramos no bajar ese endiablado salto contra el cual estamos acorralados por ese ejército de serpientes — dijo estremeciéndose. — En vez de retroceder, nos dirigiremos oblicuamente hacia la derecha;

y como ya tengo determinada la posición de las montañas, á las que podemos llamar desde ahora montañas de oro, nos será fácil calcular el camino; y si, por fortuna, este río que debemos encontrar se interna en las tierras en lugar de ir á perderse en el Marañ, estamos salvados.

Por más que este coloquio fué muy rápido, el domesticador de serpientes empezaba á impacientarse. Había dado la señal de alto, movido sin duda por un sentimiento de magnanimidad de que se aprovechaban los aventureros á pesar de su perverso carácter. Esperaba, quizás, que la lección les sería útil y que



Estamos acorralados por ese ejército de serpientes.

se largarían en el acto. Mas viendo que no ejecutaban la maniobra indicada por la configuración del riachuelo, es decir, la que habían pedido Mathieu y Tinguy, el trasbordo de los viveres y de la piragua, sacó de su flauta un sonido agudo y prolongado.

Aquella nota pareció el toque de llamada y tropa que despierta á un ejército expedicionario y hace saltar en su puesto de combate á los soldados ébrios con la perspectiva del próximo combate.

— ¡Escucha! — dijeron los forzados llenos nuevamente de terror.

— ¡Cobardes! Lo mismo arriesgo yo que vosotros,

y no tengo el menor deseo de dejar la piel entre los dientes de esos animales. Bogad. Vamos en línea recta á la sabana. Haré rumbo hacia esa gran mancha amarilla, que debe ser un ébano en flor y que dista cerca de un kilómetro. ¿Estais preparados?..... ¡Adelante!.....

La canoa, impulsada por ocho brazos vigorosos, pues Bonnet quiso ayudar no obstante hallarse herido, volaba sobre las tranquilas aguas de la sabana.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Ya no necesitaba examinar el mapa á cada instante, como habia hecho desde que salimos de París; sabia adónde iba, y aunque habian trascurrido muchos años desde que pasé por allí con Vitalis, reconocí todos los accidentes del camino.

Para no fatigar á nuestra vaca, y con el objeto de no llegar demasiado tarde á Chavanon, dispuse que durmiéramos en la aldea donde pasé mi primera noche de viaje con Vitalis en aquella cama de helechos, en la que, viendo el buen *Capi* mi tristeza, fué á colocarse junto á mí, poniendo su pata en mi mano como para darme á entender que podía contar con un amigo. De allí saldríamos muy temprano para llegar de día á casa de la tía Barberin.

Pero la suerte, que hasta entónces nos habia favorecido, se volvió contra nosotros, alterando nuestros planes.

Habíamos decidido dividir la jornada en dos partes, comer en el intervalo de una á otra, y dejar que nuestra vaca pastase la hierba de los cunetas del camino.

A las diez próximamente encontramos un sitio en que la hierba era verde y tápida; pusimos los zurrenos en el suelo y bajamos la vaca á la cuneta.

Al principio la tuve cogida del ramal por precaucion, pero se mostró tan mansa y se dedicó á comer con tal afán que, rodeando el cabestro á los cuernos, la dejé en libertad, sentándome á su lado para comer á mi vez.

Como es natural, acabamos ántes que ella; estávamos mirándola durante un largo rato, y no sabiendo qué hacer, nos pusimos á jugar Mattia y yo porque un éramos dos hombrecitos graves y serios que no pensásemos sino en ganar dinero. Á pesar de que hacíamos una vida impropia de los niños de nuestra edad, no dejábamos de tener los gustos y las ideas de la juventud, es decir, que no pasaba un día sin que jugásemos á la pelota ó al salto. Muchas veces y sin venir á cuento, decíame Mattia: «¿Quieres que juguemos?» Entónces, en un abrir y cerrar de ojos, nos quitábamos los morrales, poníamos los instrumentos á su lado y empezábamos á jugar en medio del camino. Sucedió con frecuencia que si no hubiera tenido mi reloj para recordarme la hora, hubiésemos seguido jugando hasta la noche; pero el admirable mecanismo me recordaba que era jefe de una compañía, que tenía necesidad de trabajar para vivir, y entónces volvía á colocar la correa del arpa sobre el hombro dolorido. ¡ Adelante!

Conelñinos de jugar ántes que la vaca acabase de comer; y cuando nos acercamos á ella se puso á atacar la hierba con la lengua, como para indicarnos que aún tenia hambre.

— Esperemos un poco — dijo Mattia.

— ¿Ignoras que una vaca estaria comiendo un día entero?

— Sí, lo sé.

Volvimos á cargar con los morrales y con los instrumentos.

— ¿Y si yo le tocara un trozo de música en el cornetín de piston? — dijo Mattia, que no se estaba quieto; — en el circo Gassot teníamos una vaca y le gustaba mucho la música.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo empezó á tocar Mattia una brillante marcha militar.

Al oír las primeras notas levantó la vaca su cabeza, y de repente, ántes de darne tiempo para cogerla por el ronzal, arrancó al galope.

Echamos á correr detras de ella galopando tambien cuanto podíamos y llamándola con grandes voces. Grité á *Capi* para que la detuviese, pero no es posible reunir todos los talentos; un perro de un conductor de ganado saltaria al hocico de nuestra vaca; *Capi*, que era un sabio, se abalanzó á sus piernas.

No se paró por esto, al contrario, aceleró el paso y todos continuamos nuestra carrera, la vaca delante y nosotros detras.

Mientras iba corriendo no dejaba de gritar á Mattia: «¡Indicij!», y él respondia sin detenerse y jadeando: «Luégo me pegarás, lo he merecido.»

El sitio en que hicimos alto para comer distaba dos kilómetros de un pueblo hácia el cual se dirigia nuestra vaca. Entró en él mucho ántes que nosotros, y como la calle era estrecha, pudimos ver, á pesar de la distancia, que algunas personas cerraban el paso al animal apoderándose de él.

Entónces disminuimos un poco la velocidad de nuestra carrera; indudablemente no perderíamos la vaca y volvería á nuestro poder sin más que pedirse-la á aquellas honradas gentes.

Á medida que avanzábamos aumentaba el número de curiosos en torno de nuestra vaca, y cuando estuvimos cerca de ella, habia unas veinte personas entre hombres, mujeres y niños, que discutian entre sí mientras nos miraban llegar.

Me habia figurado que no tenía más que reclamar mi vaca; pero en vez de dármola nos vimos rodeados

por la gente que nos preguntaba de dónde veníamos y cómo había llegado á nuestro poder la vaca.

Nuestras respuestas no podían ser más sencillas, y sin embargo, no persuadieron á aquella gente; dos ó tres veces se elevaron para decir que habíamos robado aquella vaca y que debían llevarnos á la cárcel mientras se esclarecía el asunto.

El terror que me causaba oír la palabra cárcel me perdió: me puse pálido, empecé á balancear, y como la carrera que habíamos dado hacia mi respiración fatigosa, no pude pronunciar una sola frase en mi propia defensa.

Á los pocos momentos llegó un gendarme, al que los circustantes enteraron de lo que ocurría, y como el asunto no le pareció muy claro, dijo que preventivamente embargaría la vaca y que nosotros iríamos á la cárcel. Después ya se veía lo que había que hacer.

Quise protestar, Mattia trató de contestarle, pero el gendarme nos impuso silencio con groseras fórmulas; recordé en aquel instante la escena de Vitalis con el agente de policía de Toulouse, y dije á Mattia que callara y que siguiera como yo al señor gendarme.

Todos los habitantes del pueblo nos acompañaron hasta la casa de ayuntamiento, donde estaba la cárcel; aquella gente nos rodeaba, nos apretaba, nos empujaba, nos injuriaba, y creo que, á no ser por la protección del gendarme, nos hubiera apesadado como si se tratase de unos grandes criminales, asesinos ó incendiarios. Y sin embargo no habíamos cometido ningún crimen. Pero las muchedumbres son así generalmente; se pagan mucho de las apariencias y se revuelven contra los desgraciados, sin ocuparse en averiguar si son culpados ó inocentes.

Cuando llegamos á la cárcel tuve alguna esperanza, porque el conserje de la alcaidía, que á la vez era carcelero y guarda rural, se negó á recibirnos. Aquella negativa me le hizo muy simpático. Pero el gendarme insistió y al cabo cedió el conserje, pasando delante de nosotros y abriendo una puerta que se cerraba por fuera con una enorme cerradura y con dos barras. No tardé en comprender la causa de su resistencia; era porque había puesto su cosecha de cebollas á secar en el calabozo, extendiéndolas sobre el pavimento. Fuimos cuidadosamente registrados, nos despojaron del dinero, de las navajas y de los fósforos, y mientras esto pasaba, el carcelero había abandonado en un rincón todas sus cebollas. Entonces nos dejaron y se cerró la puerta con un ruido de lieros y cadenas verdaderamente trágico.

Estábamos en la cárcel. ¿Por cuánto tiempo?

Cuando me hacía esta pregunta, llegó Mattia, y poniéndose delante de mí con la cabeza baja, me dijo:

—Pega, pega en la cabeza, y aunque me golpees mucho, nunca será lo que merezco por mi culpa.

—Tú has cometido una torpeza y al dejarte yo que la cometiesera he sido tan culpable como tú.

—Prefiero que me pegues, así sería menor mi tristeza.... ¡Nuestra pobre vaca, la vaca del príncipe! Se cebó á llorar.

Tuve que consolarle explicándole que nuestra si-

tuación no era desesperada; éramos inocentes y no sería difícil probar que habíamos comprado la vaca; en caso de necesidad podía servirnos de testigo el honrado veterinario de Ussel.

—Y si nos acusan de haber robado el dinero con que hemos pagado la vaca, ¿cómo probaremos que es producto de nuestro trabajo?

No le faltaba razón á Mattia.

—Además—continuó llorando siempre—¿estamos seguros de que al salir de esta cárcel y al recuperar nuestra vaca encontraremos á la tía Barberin?

—¿Por qué no hemos de encontrarla?

—Desde que tú saliste de su casa es posible que haya muerto.

El temor de que esto hubiera sucedido me llenó de tristeza. Realmente estaba en lo posible que hubiera muerto la tía Barberin, pues aunque no era de edad avanzada, sabía por experiencia que es muy fácil perder aquellas personas á quienes se ama; ¿no había perdido á Vitalis?

—¿Por qué no me has hecho antes esa reflexión, le pregunté.

—Porque cuando estoy contento no tengo más que ideas alegres en mi espumosa cabeza, mientras que cuando soy desgraciado, son tristes todos mis pensamientos. Me hacía tan dichoso la idea de ofrecer tu vaca á la tía Barberin, que estaba como embriagado.

—Tu cabeza no es estúpida, mi pobre Mattia, y la mía tampoco, pues no he tenido ideas distintas de las tuyas; también á mí me ha deslumbrado nuestro proyecto.

—¡Ah! ¡ah! ¡la vaca del príncipe!—exclamó Mattia llorando á lágrima viva;—¿en qué situación se encuentra el príncipe!

Luego se levantó bruscamente, gesticulando como un energúmeno.

—¿Y si hubiera muerto la tía Barberin, y si viviese el picaro de su marido y quisiera quedarse con la vaca, contigo mismo?

Indudablemente, lo que nos inspiraba aquellas ideas era la tristeza de la prisión, los gritos de la multitud, el gendarme y el ruido de llaves y cerrojos con que se había cerrado la puerta del calabozo.

Pero Mattia no pensaba tan sólo en nosotros, sino también en la vaca.

—¿Quién la dará de comer? ¿Quién la ordeñará?

Transcurrieron varias horas, durante las cuales seguimos preocupados con aquellos tristes pensamientos, y cuanto más adelantaba el tiempo mayor era nuestra desolación.

Traté de animar á Mattia explicándole que vendrían á interrogarnos.

—Y bien, ¿qué contestaremos?

—La verdad.

—Y volverás á poder de Barberin, ó si ella está sola en su casa la preguntarán para saber si mentimos y no podremos darle la sorpresa que proyectamos.

Al fin se abrió la puerta con el mismo ruido de herrajes que cuando la cerraron, y vimos entrar á un señor anciano de blanca barba y cuyo aspecto de bondad nos hizo recobrar las esperanzas.

—Vamos, bribonzuelos, levantaos — dijo el carcelero — y responded á lo que os pregunte el señor juez de paz.

—Está bien, está bien — replicó el juez haciendo una seña al carcelero para que le dejase solo; — yo me encargo de interrogar á ese — dijo, indicándole con el dedo; — llevaos al otro y guardadle bien; luego le interrogaré.

Me pareció, en vista de aquella determinación, que era conveniente advertir á Mattia lo que había de responder.

— Señor juez de paz, mi compañero os dirá todo lo que ha sucedido sin faltar á la verdad.

— Está bien, está bien — interrumpió vivamente el juez como si quisiera cortarme la palabra.

Salió Mattia, pero antes aprovechó una ocasión para dirigirme una rápida mirada haciéndome notar que me había comprendido.

— Se os acusa de haber robado una vaca — dijo el juez de paz mirándome atentamente.

Respondí que la habíamos comprado en la feria de Ussel y nombré al veterinario que intervino en la compra.

— Ya se averiguará eso.

— Así lo espero, porque esa comprobación demostrará nuestra inocencia.

— ¿Y eso qué objeto habeis comprado esa vaca?

— Para llevarla á Chavanon y regalársela á la mujer que fué nodriza mía, como agradecimiento por sus cuidados y en testimonio de cariño.

— ¿Cómo se llama esa mujer?

— La tía Barberin.

— ¿Esa la mujer de un cantero que hace pocos años perdió un brazo en París?

— Sí, señor juez.

— También se averiguará esto.

No respondí nada, lo mismo que hice respecto del veterinario de Ussel.

Viendo mis apuros, me abrumó el juez con sus preguntas, y hubo de responderle que si interrogaba á la tía Barberin, se descubriría nuestro plan y ya no había sorpresa.

Sin embargo, en medio del embarazo en que me hallaba experimenté una gran satisfaccion, puesto que el juez de paz conocía á la tía Barberin y trataba de tomar informes de ella acerca de si mi relato era falso ó verdadero; era evidente que aun vivía la buena mujer.

Y no fué ésta la única alegría, pues en medio de sus preguntas me dijo el juez que Barberin estaba en París desde algunos meses ántes.

Tan contento me pusieron estas noticias, que encontré palabras bastante persuasivas para convencerle de que la declaración del veterinario demostraría por sí sola que no habíamos robado la vaca.

— Pues en ese caso, ¿cómo habeis obtenido el dinero necesario para comprarla?

Esta fué la pregunta que llenó de terror á Mattia cuando previó que podría sernos dirigida.

— Le hemos ganado.

— ¿Dónde? ¿Cómo?

Le expliqué de qué manera, desde París á Varses

y desde Varses á Mont-Dore, le habíamos ganado y remido sueldo á sueldo.

— ¿Con qué objeto habeis ido á Varses?

Esta pregunta me obligó á hacer una nueva relación; cuando el juez de paz supo que yo había estado sepultado en la mina de la Truyère, se detuvo, y con voz más dulce y casi afectuosa, me preguntó:

— ¿Cuál de vosotros es Kemi?

— Yo, señor juez.

— ¿Quién lo prueba? El gendarme ha dicho que no tenias documento alguno.

— No, señor juez.

— Veamos. Cuéntame cómo sucedió la catástrofe de la Truyère. He leído su descripción en los periódicos, y si no eres Kemi, me engañarás. Te escucho, y ten cuidado.

Al oír que el juez me tuteaba, recobré el valor y comprendí que no nos era hostil.

Quando terminé mi relato, miróme el juez por largo tiempo y con los ojos humedecidos. Pensé que nos pondría inmediatamente en libertad, mas no sucedió así. Se marchó dejándome solo; sin duda iba á preguntar á Mattia para ver si nuestras declaraciones estaban de acuerdo.

Permanecí por largo tiempo entregado á mis reflexiones, de las que me sacó la presencia del juez de paz que regresaba con Mattia.

— He mandado pedir datos á Ussel — dijo el juez — y si, como espero, confirman vuestras declaraciones, os pondré mañana en libertad.

— ¿Y nuestra vaca? — preguntó Mattia.

— Volverá á vuestro poder.

— No hablo de eso — replicó Mattia; — ¿quién la dará de comer? ¿quien la ordeñará?

— Pierde cuidado, hijo mio.

Esta respuesta tranquilizó á Mattia.

— Si ordeñan á nuestra vaca — dijo sonriendo — ¿por qué no nos han de dar la leche? Cenaríamos muy bien con ella.

En cuanto salió el juez de paz puse en conocimiento de Mattia las dos grandes noticias que me habían hecho olvidar que estábamos presos; la tía Barberin vivía y su marido estaba en París.

— La vaca del príncipe hará su entrada triunfal — dijo Mattia.

Lleno de satisfaccion se puso á cantar y á bailar; yo le acompañé cogido por las manos, y Capi, que hasta entónces había estado en un rincón, se colocó en medio de nosotros, sentado sobre sus patas traseras. Tomó tales proporciones nuestro baile, que asustado el conserje y temblando sin duda por sus cebillas, entró para ver si tratábamos de huir.

Dijonos que callásemos, pero no nos dirigió la palabra de una manera tan brutal como cuando entré acompañando al juez.

Esto nos hizo comprender que nuestra situación no era desesperada, y no tardó en confirmarse nuestra creencia, pues al poco tiempo volvió el carcelero cargado con una olla enteramente llena de leche, que sin duda era de nuestra vaca. Además traía una hermosa hogaza de blanco pan y un trozo de ternera fiambre que nos enviaba el señor juez de paz.

Nunca fué tan bien tratado prisionero alguno; así es que mientras comíamos modifiqué un poco mis ideas acerca de los cárceles, y acabé por confesar que valían más de lo que yo pensaba.

Mattia participó de mis opiniones.

— ¡Cama y cena sin pagar un sueldo — dijo riéndose — es una ganga!

Quise darle un susto.

— Y si el veterinario se hubiera muerto de repente, ¿quién atestiguaría por nosotros?

— Esas ideas no deben abrigarse más que cuando es uno desgraciado — dijo sin enfadarse — y por fortuna ahora no lo somos.

CAPÍTULO XXX.

LA TÍA BARBERIN.

La noche que pasamos en el camastro del calabozo no fué mala; ¡cuántas peores habíamos pasado al aire libre.

— He soñado con la entrada de la vaca — me dijo Mattia.

— Y yo también.

A las ocho de la mañana se abrió la puerta, y vimos entrar al juez de paz seguido de nuestro amigo el veterinario, que quiso venir él mismo á ponernos en libertad.



La vaca del príncipe.

Las atenciones del juez de paz no se limitaron á la comida con que nos obsequió la víspera, sino que me entregó un hermoso papel sellado.

— Habéis sido unos locos — me dijo amistosamente — recorriendo las carreteras sin documento alguno: aquí tenéis un pasaporte que he mandado extender al alcalde y que en adelante será vuestra salvaguardia. ¡ Buen viaje, hijos míos!

Nos aplicó á cada cual una cariñosa bofetada, y el veterinario nos dió un abrazo.

Habíamos entrado en aquel pueblo como unos malhechores, y salíamos triunfalmente llevando por el ramal á nuestra vaca. Los aldeanos que estaban en las puertas de sus casas nos dirigian miradas curiosas.

— Siento una cosa — dijo Mattia — y es que el gendarme que nos aprehendió no esté aquí para vernos pasar.

— Hizo mal el gendarme, pero nosotros no hemos obrado mejor yendo por todas partes sin papeles que dicen informes acerca de nuestra conducta. En París hubiera sido muy fácil obtenerlos.

La lección que habíamos recibido era bastante instructiva para volver á dejar la vaca suelta; era mansa, pero muy asustadiza.

No tardamos mucho tiempo en llegar al pueblo donde habia dormido con Vitalis; desde allí ya no teníamos más que recorrer un pequeño páramo á cuyo final se hallaba la cuesta que baja hácia Chavanon.

Al pasar por una calle de aquel pueblo y precisa-

mente delante de la tienda donde Zerbino robó un pan, me asaltó una idea que al punto comuniqué á Mattia.

— Ya sabes que te he prometido bollos en casa de la tía Barberin, mas para hacerlos es necesario tener harina, manteca y huevos.

— Todo eso mezclado debe estar muy bueno.

— En efecto, es riquísimo, ya verás; pero en casa de la tía Barberin no habrá, probablemente, harina ni manteca. ¿ Te parece que lo llevemos nosotros?

— Es una gran idea.

— Pues entonces, toma el ramal; pero no le sueltes: voy á entrar en esta tienda para pedir manteca y harina. En cuanto á los huevos, si la tía Barberin no tiene, los pedirá prestados, porque es muy fácil que se nos rompan en el camino.

Entré en la tienda donde Zerbino ejerció su rapacidad, y compré una libra de manteca y dos de harina, emprendiendo la marcha en seguida.

Hubiera querido que no se fatigase, pero como tenía prisa por llegar, alargué el paso á pesar mio.

Faltaban diez kilómetros, luégo ocho, despues seis; debo advertir como cosa notable, y es que el camino me parecia más largo al acercarme á la tía Barberin que cuando me separé de ella, y sin embargo, aquel dia cayó una lluvia helada cuyo recuerdo conservo todavia.

Estaba conmovido, febril, y á cada momento miraba la hora en mi reloj.

— ¿Te gusta este país? — pregunté á Mattia.

— No quitan los árboles la vista.

— Cuando bajemos la cuesta de Chavanon verás árboles muy hermosos, encinas y castaños.

— ¿Con castañas?

— ¡Caramba! Además, en el corral de la tía Barberin hay un peral enano que da unas peras muy grandes y muy buenas; ya le verás.

Á cada cosa que le describía agregaba siempre el estribillo «ya verás». Pensaba de buena fe que iba á llevar á Mattia á un país maravilloso. Después de todo, para mí lo era. En él se habían abierto mis ojos á la luz. En él tuve el sentimiento de la vida; en él

había sido feliz, y en él me amaban. Todas aquellas impresiones de mis primeras alegrías, avivadas por el recuerdo de las penalidades de mi azarosa existencia, volvían á mi alma atropellándose tumultuosamente en mi corazón y en mi cabeza á medida que nos acercábamos al pueblo. Parecía que el aire del país natal despedía un perfume embriagador; todo lo veía hermoso.

Dominado por aquella especie de embriaguez, volvía Mattia de igual modo; pero, ¡ay! tan sólo con el pensamiento al país en que nació.

— Si fueras á Lucca — decía — también verías cosas muy hermosas.



Saltamos triunfalmente llevando del ramal á nuestra vaca.

— Ya iremos cuando hayamos visto á Etiennette, á Lise y á Benjamín.

— ¿Quieres ir á Lucca?

— ¿No has venido conmigo á casa de la tía Barberin? Pues también iré contigo á ver á tu madre y á tu hermanita Cristina, á la que llevaré en brazos si no pesa mucho. Será igualmente hermana mía.

— ¡Oh, Kemi!

Tan conmovido estaba que no pudo hablar más.

Conversando de esta manera y caminando siempre muy deprisa, llegamos á lo alto de la colina donde principia la cuesta que por medio de varias revueltas conduce á Chavanon pasando por delante de la casa de Barberin.

Unos pasos más y estábamos en el sitio en que pedí permiso á Vitalis para mirar la casa donde había vivido y que no pensaba volver á ver.

— Toma el ramal — dije á Mattia.

De un salto me subí al parapeto; nada había cambiado en nuestro valle, y todo conservaba el mismo aspecto; entre los dos grupos de árboles descubrí la casa de la tía Barberin.

— ¿Qué te sucede? — preguntó Mattia.

— Allí, allí.

Se acercó donde yo estaba sin subirme al parapeto, y dejando que la vaca pastase á su sabor la hierba que en él había:

— Sigue la dirección que te indicé con mi mano; mira la casa de la tía Barberin; mira mi peral y el jardín que yo cultivaba.

Mattia que no miraba con sus recuerdos como yo, no veía gran cosa, pero se callaba.

En aquel instante, y por encima de la chimenea, se elevó un pequeño copo de amarillo humo, y como no soplaban el viento, subió recto por el aire á lo largo del flanco de la colina.

— La tía Barberin está en su casa — dije.

Una ligera brisa que pasó entre los árboles abatió la columna de humo llevándola hácia nuestras caras; aquel humo olía á hojas de encina.

Senti de pronto que las lágrimas inundaban mis ojos, y saltando del parapeto, abracé á Mattia. Capi se abalanzó á mí, y tomándola en mis brazos, le estreché contra mi pecho. Mattia, por su parte, hizo lo mismo con la vaca.

— Bajemos en seguida — dije.

— Si la tía Barberin está en su casa, ¿cómo vamos á disponer la sorpresa? — preguntó Mattia.

— Tú entraras solo diciendo que le llevas una vaca

de parte del príncipe, y cuando te pregunte quién es ese príncipe, apareceré yo.

— ¡Es lastima que no podamos hacer nuestra entrada con música!

— Mattia, basta de tonterías.

— Tranquilízate, no tengo ganas de empezar de nuevo; si á esta vaca le gustase la música, hubiera sido de un gran efecto entrar al són de una marcha guerrera.

Al llegar á uno de los recodos del camino que caía encima precisamente de la casa de Barberin, vimos una papalina blanca en el corral: era la tía Barberin que abrió la empalizada, salió al camino y se dirigió hacia el pueblo.

Nos habíamos parado y le hice una seña á Mattia.

— Se va — dijo, — ¿y nuestra sorpresa?

— Inventarémos otra.

— ¿Cuál?

— No sé.

— ¿Por qué no la llamas?

Aunque la tentación fué muy viva, pude resistirme á ella; durante algunos meses había estado preparando la sorpresa y no podía renunciar de pronto á mis proyectos.

No tardamos en llegar delante de la empalizada, y abiéndola, entramos en la casa como yo hacía en otro tiempo.

Conociendo las costumbres de la tía Barberin, sabía que la puerta no estaba cerrada más que con la llaveja y que podríamos entrar en la casa; pero antes todo era preciso llevar la vaca al establo. Fui á ver en qué estado se hallaba y le encontré lo mismo que en mi infancia, aunque lleno de haces de leña. Llamé á Mattia, y después de haber atado la vaca delante de la gamella, nos ocupamos en amontonar los haces en un rincón, lo que hicimos en poco tiempo, porque la provisión de leña de la tía Barberin no era muy abundante.

— Ahora — dije á Mattia — vamos á entrar en la casa; yo me colocaré en un rincón del hogar para que la tía Barberin me vea cuando entre. Como la puerta ha de hacer ruido, tendrás tiempo de ocultarte con *Capi* detras de la cama, y de este modo no verá á nadie más que á mí, ¿qué sorpresa!

Todo se hizo como yo dispuse. Entramos en la casa y fui á sentarme junto á la chimenea en el mismo sitio donde tantas noches de invierno había pasado. No pudiendo cortar mis largos cabellos, los escondi debajo del cuello de mi chaqueta y me acurriqué á fin de parecerme en lo posible á Kemí, el pequeño Kemí de la tía Barberin.

Desde el lugar en que me hallaba veía la puerta y no tenía temor de que mi nodriza nos cogiese de sorpresa.

Dirigí una mirada á mi alrededor y me pareció que había salido de la casa el día ántes: nada había cambiado, todo estaba en el mismo sitio; el papel con que se compuso un cristal que yo rompí, aun no había sido reemplazado, y estaba amarillento por el humo.

Si me hubiese determinado á abandonar mi sitio hubiera tenido gusto en examinar de cerca todos los

objetos; pero como mi nodriza podia llegar de un momento á otro, necesitaba estar al acecho.

De pronto vi una papalina blanca, y al mismo tiempo rechinaron los goznes de la puerta.

— Escóndete en seguida — dije á Mattia.

Me encogí todo cuanto pude.

Abrióse la puerta, desde cuyo umbral me vió la tía Barberin.

— ¿Quién está ahí? — preguntó.

La miré sin contestar, y ella por su parte me miró también.

Súbito temblor agitó sus manos.

— ¡Dios mío! — murmuró — ¡Dios mío! ¿Es posible! Kemí, ¿eres tú?

Me levanté y corriendo hacia ella la cogí en mis brazos.

— ¡Madre!

— ¡Hijo mío, es mi hijo!

En algunos minutos no pudimos recobrar la calma ni enjugarnos los ojos.

— Seguramente — dijo mi nodriza — que si no hubiera pensado en tí, no te hubiese reconocido; ¿cómo has cambiado! Eres más alto y más robusto.

Un sollozo ahogado me recordó que Mattia estaba oculto detras de la cama; le llamé y salió.

— Éste es Mattia — dije — mi hermano.

— ¡Ah! ¿Has encontrado á tus padres? — exclamó la tía Barberin.

— No, quiero decir que es mi camarada, mi amigo, y he aquí á *Capi* otro amigo y compañero mío, ¿*Capi*, saluda á la madre de tu amo!

Levantóse el perro sobre sus patas traseras, y poniendo una mano en el corazón se inclinó gravemente, lo cual hizo reír mucho á la tía Barberin y acabó de secar sus lágrimas.

Mattia, que no tenía los mismos motivos que yo para perder la memoria, me hizo una seña para que recordase la sorpresa.

— Si quisieras — dije á la tía Barberin — iríamos al corral para ver el peral enano de que he hablado muchas veces á Mattia.

— También podemos ir al jardín, pues le he conservado como estaba cuando te marchaste, para que le encontraras lo mismo al volver, porque siempre he creído que volverías, á pesar de todo y de todos.

— Y las cotufas que planté, ¿estaban buenas?

— Ya sabía yo que me habías preparado aquella sorpresa; siempre te ha gustado sorprenderme.

Había llegado la ocasión.

— ¿Y el establo — dije — está lo mismo que cuando se llevaron á la pobre *Roussette*, que no quería marcharse como me sucedió á mí?

— No, por cierto; ahora tengo allí la leña.

Nos hallábamos delante del establo; empujó la puerta la tía Barberin, y en aquel momento nuestra vaca, que tenía hambre y creía que iban á darla de comer, empezó á mugir.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Para estar más libre en sus movimientos y subir á los árboles á coger sus frutos, habíase el contramaestre despojado del chaqueton y arremangándose hasta el codo las mangas de la camisa.

Si descolorido y macilento estaba el semblante de Clotilde, si sucias y desgarradas se veían sus ropas, no era mucho mejor el aspecto del rodo marino. En poco más de cinco días había envejecido considerablemente; su cabello y barba híciéronse incultos y ásperos; visible demacracion se apoderaba de sus robustos miembros, y hasta su alta estatura parecía encorvarse bajo el peso del infortunio que sobre él gravitaba.

Seguía Clotilde embargada por irresistible sopor; mientras tanto, el contramaestre, que había trepado á un erguido bananero, pugnaba por despojar al árbol de un racimo de su delicado fruto. No tardó en conseguir su objeto, y bajando entónces con su presa, adelantábase gozoso para ofrecer aquel grato manjar á su capitana, cuando....

En este instante sacudió Clotilde bruscamente su amodorramiento. Un terrible espectáculo se presentaba á sus ojos.

CAPÍTULO XII.

UN TIRO PROVIDENCIAL.—EN MANOS DE SUS ENEMIGOS.—HACIA EL CAMPAMENTO INGLÉS.—LAS RAZAS HUMANAS DEL POLO SUR.

I.

Poseída de terror indescriptible la esposa del capitán Ballesta, tras un instante de vacilacion, sin reflexionar lo que hacia, cediendo sólo á los impulsos de su rara entereza, se lanzó en auxilio del contramaestre....

¿En qué extraño lance se hallaba éste comprometido?

Cuando Clotilde acudió á socorrerle, veíasele, erizado el cabello y desencajadas las facciones, sostener la formidable acometida de una fiera....

Al dirigirse el marino en busca de la capitana, despues de bajar del banano, apercibió á un gran felino, que desde la rama de un árbol próximo iba á caer sobre él, y echóse hacia atrás prorumpiendo en un grito de espanto, que fué el que arrancó á su jóven compañera de la especie de entorpecimiento que embargaba sus sentidos.

Arrojóse el animal sobre su presa, pero el brusco movimiento de *Borrasca* hizole dar el golpe en vago;

se revolvió entónces rápidamente y le saltó encima. Tenía el marino músculos de acero, y sujeto á la fiera por una de sus manos, mientras que el felino, con las fauces abiertas y la garra extendida, amenazaba despedazarle; sus patas traseras clavaban las cortantes uñas en el muslo de su victima, desgarrando su epidermis y haciendo salir de ella copioso reguero de sangre.

Inútil de todo punto hubiera sido la energia desplegada en aquel supremo instante por el bravo hombre de mar; estéril tambien el socorro que Clotilde, con generoso arranque y desconociendo el peligro, le diera; ambos habrían perecido de desastrosa muerte si el acaso, que obra providencialmente en muchas ocasiones, no interviniera con toda oportunidad en aquel suceso.

Terrible era la situacion del contramaestre; mas en aquel critico instante resonó un disparo de fusil, y una bala, destrozando la cabeza del animal, hizole caer en tierra como una masa inerte.

Pertenecía al género gato, y de los numerosos individuos de esta familia esparcidos por el mundo, sólo tenía algunos puntos de contacto con el puma (1) de la América del Sur, llamado tambien cuguardo ó leon del Nuevo Mundo. Como á éste tenía su piel un color rojizo leonado, si bien por el vientre aclaraba á tal extremo que se convertia en blanquizco. Era de menor tamaño que el puma, aunque relativamente de más alzada. Por lo que hace al conjunto de su aspecto exterior y á sus costumbres é instintos, no parecia diferir gran cosa de su congénere, el *felis* americano.

Era, pues, una especie de puma, propia de aquellas singularísimas tierras.

II.

Aun no había acabado *Borrasca* de reponerse del susto producido en su ánimo por la precedente aventura, ni de la sorpresa que le causó su extraño desenlace, cuando, sin saber cómo, él y Clotilde vieron rodeados de gente armada.

Varios hombres se arrojaron sobre el marino para sujetarle; pero éste revolvióse prestamente; forcejeó, luchó con desesperado empuje; pero su resistencia fué inútil, cayó dominado por el número. Al lado de Clotilde veíase dos hombres que observaban, respecto de ella, singulares deferencias y respetos; eran John Crossbow y su satélite William.

(1) Puma, *felis tigris* de los naturalistas; se le nombra así por la uniformidad del color de su piel, que es rojo-leonado.

—No le maltrateis en nada—gritó el inglés á aquellos de sus secuaces que pugnaban por sujetar al marinero español.

—¡Ah!—vociferaba éste resistiendo á sus acometedores —¡si no hubiere perdido mi herramienta!

Al fin le amañaron; sus ligaduras no le oprimían mucho, pues aquellos hombres tratándole con cuanto benignidad podían, obedeciendo sin duda á determinada consigna. Mientras tanto, el contramaestre del *Baltasar Ballesta* juraba y pateaba fuera de sí al verse en aquel estado.

—¡Calmas, buen *Borrasca*, calmas!—dijole Monsieur Cróssbow. —No se os pretende hacer daño alguno.

—Capitán—exclamó William dirigiéndose en inglés á su jefe—este hombre es un estorbo para vuestros planes; valía más que hubierais dejado se le comiese la fiara. A estar yo en lugar vuestro, pronto le despatcharía de un balazo.

—¡Por la Nueva Sion! ¡jamas! ¡guardaos bien de ello! sería un crimen inútil!—Después añadió mentalmente. —No, no quiero que ella [mi hija] considere á su padre como un monstruo....

William contemplaba lleno de asombro á su capitán; no comprendía en él aquellos escrúpulos de mujer.

—¿Qué queréis de mí, Juan Ballesta?—pronunció á la sazón con viril acento la esposa de don Félix, que había guardado hasta entónces tenaz silencio.—¿Queréis explicarme ahora lo que esto significa? ¿Qué móviles guían vuestra conducta para conmigo?

—¡Oh! perdón, perdón, Clotilde....—ballecó con humilde y tembloroso acento aquel hombre extraño.

—Os pido una brevísima tregua—añadió.—Nos dirigimos á mi campamento; en él os daré cuantas explicaciones os plazca exigirme. Entre tanto, permaneced tranquila, y confiad en que yo, ménos que nadie, he de osar nada contra vuestra persona; ¡os lo juro!

—¡Dejadme, si es así, en libertad!—exclamó impetuosamente la desdichada jóven.

—Es en lo único en que no puedo complaceros—repuso Mr. Cróssbow dando á su acento una inflexion de dulzura, extraña en él.—Seguidme al campamento; os lo suplico, Clotilde; tal vez no os pesc. Evitadme, sobre todo, que emplee contra vos la fuerza, como antes hice.

Se encerró nuevamente la heroica mujer en pertinaz mutismo; su rostro revelaba la abigñez y el desprecio más profundos. William estaba maravillado; nunca había visto á su irritable capitán producirse con tan morigerado lenguaje y cultas maneras.

Aquellos hombres, que parecían conocer la selva, emprendieron el camino. *Borrasca*, cuyas heridas habían sido curadas de primera intencion por orden del jefe inglés, siguió á sus conductores paso á paso, porque su lesionada pierna le molestaba bastante.

—Cuatro días—dijo entónces John Cróssbow dirigiéndose á Clotilde—hemos estado buscándoos; al fin os hallé, de lo cual me felicito, porque, ¡voto á la Nueva Sion! perdida en este inmenso bosque, habríais hallado en él la muerte.... Seguidme, dignaos

acceptar mi brazo, pues os veo cansada y desfallecida.

La jóven no le contestó; volvióle la espalda y se echó á andar incorporándose al contramaestre, á cuyo lado siguió despues su penosa marcha. Juan Ballesta devoró en silencio aquella despreciativa accion.

—¡Hum!—murmuró William echándose el cuerpo un gran sorbo del ron contenido en su cantimplora.—¡Mala espina me dan estos asuntos! Apuesto seis botellas de jim á que no para bien; y cuando yo lo digo....

III.

El campamento de los ingleses distaba apénas cuatro kilómetros del lugar del bosque en que Clotilde y *Borrasca* fueron sorprendidos por el capitán inglés y sus secuaces, que eran en número de veinte. Dirigiábase en aquel instante á su campamento, aunque no con gran rapidez, pues también ellos, según se advertía, daban muestras de cansancio.

El contramaestre y su capitán, casi cojeando el primero, marchaban detras de sus secuaces. Alguna que otra vez el marino español fijaba los húmedos ojos en su compañero de infortunio, y entónces, poseído de sorda irritacion, murmuraba:

—¡Válgame San Telmo! si no hubiese perdido mi herramienta.... yo aseguro.... ¡San Telmo me valga!

En cuanto era posible, seguían los ingleses una linea recta. Hacía en mano, veíanse obligados muchas veces á abrirse camino por la espesura del bosque, en el cual William y otros dos marineros eran ya prácticos por haberle explorado á largas distancias anteriormente.

Avanzaban, pues, en su camino, sin que les ocurriese contrariedad alguna. En varias ocasiones intentó el capitán Cróssbow entablar conversacion con su prisionera, la cual, guardando sombrío silencio, á alguna de sus interpelaciones dió respuesta.

El irascible y atrabiliario carácter de aquel hombre, contra lo que en él era ingénito, permanecía pasivo y humilde ante la despreciativa indiferencia de la jóven.

—¡Tiene razon! ¡tiene razon!—decíase mentalmente el gibraltareño—sólo la he dado motivos para odiarme....

Era la primera vez que aquel espíritu contradictorio y opositor otorgaba á algúien la razon.

—Sin duda ignora—pensaba en aquel momento—que es mi hija, que me debe el sér, que soy su padre.... Cuando lo sepa varlarán sus disposiciones respecto de mí.... ¡Ah! ¡truenos y rayos! ya ardo en deseos de hablar á solas y detenidamente con ella.... Yo la daré mi nombre, se apellidará Cróssbow, y con el tiempo será ¡yo lo fio! tan inglesa como su padre.

Estas y otras ideas por el estilo bullian en el cerebro de aquel hombre, cuya inquieta imaginacion no podia permanecer tranquila un solo instante. Mientras tanto, él, sus hombres y los secuaces acortaban paulatinamente la distancia que les separaba del campamento.

Á su paso por la intrincada mudeza del bosque huían en tropel verdaderas legiones de insectos y

reptiles, que apenas eran vistos desaparecían, como fugaces exhalaciones, por desconocidas sendas, sólo practicables para ellos.

Al escapar en apuestas dirección aquel viviente conjunto, dejaba oír monótonos zumbidos, roncacos hábitos, y más ó ménos agudos silbidos que solían estreñecer á los expedicionarios.

Por entre los piés sentían muchas veces que se deslizaban cuerpos viscosos y repugnantes. Algunas serpientes levantaban en alto su cabeza, y por las entrecubiertas fauces dejaban asomar sus abrumadas lenguas, en sôn amenazador, contra los audaces seres que turbaban en soledad é invadían sus dominios; después se alejaban de allí rápidamente, como si optasen por la huida.

También grandes bandadas de aves levantaban el vuelo á la aproximación de los ingleses, y abandonando los árboles en que estaban posadas, iban á establecerse en otros, situados á gran distancia de aquellos lugares.

A causa de la fatiga que todos experimentaban, hizo se alto en un espacioso claro del bosque: *Borrasca* y *Clotilde* ramanaron sus desfallecidos cuerpos con algunos sorbos de vino generoso que les dieron á beber; fué lo único que aceptaron. Después de dos horas de descanso emprendió de nuevo la marcha.

Distaba ya el campamento tres kilómetros escasos; y todo, hasta colóres, había marchado á pedir de boca, como suele decirse. Ansában los marineros ingleses que acompañaban á Mr. Crossbow en aquella empresa llegar cuanto antes á su campamento, porque se encontraban verdaderamente rendidos, más que por los seis días de marcha que llevaban á través de selvas vírgenes y accidentadas llanuras, por el enorme peso de que iban cargados.

Conducían consigo aquellos infelices cuanto oro y piedras preciosas les pertenecían; algunos caminaban tan abrumados con sus riquezas, que el peso de las mismas dificultaba en parte sus movimientos; natural es que se sintiesen fatigados. Estos hombres eran de los pocos que aún obedecían al capitán gibraltareño.

Transcurrió media hora; estrechabase la distancia cada vez más, y ántes de mucho, según el pintoresco lenguaje de los marinos, darían fondo en el campamento.

IV.

El bosque se aclaraba poco á poco, señal cierta de que la llanura le sucedería en breve. A la izquierda de los ingleses elevábanse altas colinas; transponiéndose éstas por un angosto desfiladero se llegaba al lugar en que habían fijado sus reales, y después á la anchurosa bahía en que estaba anclada el *Great Britain*.

Estridente y pavoroso estruendo llegó de subito á los oídos de Juan Ballesta y de sus marineros. Detuviéronse instintivamente; aquel atrenador ruido crecía por instantes; su intensidad se acentuaba con cien y cien notas, plañideras unas, roncacas y guturales otras, terribles y espeluznantes las más.

Parecía el discordante concierto de multitud de voces humanas que confundieran sus modulaciones

con el silbido de los chacales, el silbido de los ordes, los y el cavernoso rugido de los leones.

El inglés y sus hombres parecían haber celado raíces en la tierra; el terror paralizaba sus movimientos. ¿Qué siniestra catástrofe les amenazaba?

La estruendosa avalancha parecía avanzar con vértiginosa rapidez. Sus múltiples rumores hendían con violencia las ondas móviles del aire, y éstas conducían por todos lados sus ligeros clamores, sus siniestras resonancias. Antes de que los marinos del *Great Britain* volyesen en sí del terror que experimentaban, pudieron darse cuenta de lo que ocurría.

Poseídos de asombro vieron desembocar desde lo más intrincado de la selva numerosos grupos de hombres salvajes; eran de buen aspecto, semejantes en un todo á los que habían sido desde los buques avistados en las costas. Corrían con desesperación, gesticulando y haciendo las más violentas contorsiones.

Indescriptible pánico parecía poseerles y entorpecerlos; su número elevábase á algunos cientos. Corrían cingos, desalentados, sin cuidarse de los que atropellaban y caían delante de ellos ó á sus lados. Inimitables gritos de temor, de angustia, de espanto en sus más vivas manifestaciones se escapaban de sus tronquecidos pulmones.

Algunos, casi caídos, esgrimían lanzas y pesados rompe-cabezas; pero á lo mejor arrojaban sus armas para emprender más rápida carrera.... Hujan al parecer de un terrible enemigo....

En efecto, mezclándose confundiéndose con ellos, corriendo al par suyo, dando monstruosos saltos, que envidiaría el mejor acróbata, veíase otra raza de hombres, si tal denominación se les podía dar, de agigantada estatura, de negrísima piel, poblada en algunos individuos de abundante vello, de ángulo facial obtuso, de frente deprimida y aplastado cráneo.

De su robusto pecho fluían á la ancha boca gruñidos sordos y salvajes alaridos, que nada, en verdad, tenían de humanos. No eran palabras ni voces propias del articulado lenguaje del hombre; representaban, á lo sumo, onomatopeya, imitativa de los sonidos que producen las fieras.

La movilidad, la rapidez de la gesticulación y los movimientos de aquellos seres pasaban; su fisonomía no estaba un instante en quietud; con especialidad sus pequeños ojos, que, girando continuamente en las redondas órbitas, relampagueaban, despidiendo á menudo fosfóricas luces, como las que se advierten en las miradas del tigre momentos ántes de caer sobre su presa.

Las bocas de aquellos seres prolongábanse por sus comisuras á extremo tal, como no se ve en ningún otro individuo de la especie humana. Sus cejas se despegaban del cráneo hacia adelante; tenían largos los brazos, cortas las piernas, abultadísimo el abdomen; saltaban más bien que corrían; algunos se ayudaban en su carrera de enormes ramas de árboles, que manejaban con facilidad suma.

Los dedos de sus manos y piés estaban armados de largas, resistentes y cortantes uñas; muchas fieras envidiarían aquellas formidables garras.

CAPÍTULO XIII.

LOS ANTROPÓFAGOS. — UN BANQUETE DE CANIBALES.
— DESDICHADO FIN DE LOS INGLESES. — CLOTILDE,
«TORRASCAS» Y MR. CRÓSSBOW.

I.

Los ingleses contemplaban, mudos de sorpresa, aquel singular espectáculo. No manifestaban ni admiración, ni asombro, al verles, algunos de los salvajes que huían; pero no osaban detenerse un solo instante; les espoleaba terriblemente el miedo, y corrían delante de sus perseguidores con cuanto agilidad y rapidez podían.

Pero sus esfuerzos eran manifiestamente infructuosos; sus adversarios, que eran dobles, quizás triples en número, alcanzabanlos sin que hiciesen, al parecer, extraordinario uso de su vigor. Mientras los perseguidos corrían jadeantes, sudorosos y faltos de alimento, en los que les acosaban no se advertía cansancio ni fatiga alguna.

Y sin embargo, el rápido impulso de su carrera podía compararse con el galope tendido del más veloz caballo.

Aquellos hijos de la Naturaleza, en mayor contacto que otros con su pródiga madre, participaban á la vez, por lo que se veía, del aspecto humano y de las condiciones é instintos de las fieras. Estas reflexiones hacíanse los ingleses contemplándolos; la terrible aparición de tales seres imponíales, á pesar suyo; pero cuando sintiéronse poseídos de indescriptible horror fué en el momento en que unos y otros se hallaban más cercanos, en la línea que seguían, del lugar que ellos ocupaban, porque entonces se dieron cuenta de detalles que no apercebían anteriormente.

La escena que presenciaron era una de tantas sangrientas hecatombes como han tenido efecto en las primeras edades sobre la corteza del esteroide que habitamos. Representaba fielmente el absoluto predominio de la fuerza natural sobre todas las manifestaciones de la vida; era la ley despotica del más fuerte, inaugurada en remotísimos tiempos, y de la cual no ha conseguido eximirse del todo el hombre civilizado.

No era sólo una gran carnicería lo que tenía lugar ante las atónitas miradas de los ingleses; celebrábase al propio tiempo una bucnal sangrienta, un festín de antropofagia, un verdadero gaudium de canibales.

II.

Cuando alguno de los perseguidores, exhalando salvajes alaridos, propios sólo de las fieras, alcanzaba á su enemigo, derribábase rípidamente en tierra; toda resistencia era inútil contra el poderoso empuje de aquellos seres; en seguida, gruñendo, gesticulando incesantemente, hundíale de una terrible patada el estérion, y echándosele después sobre los hombros corría con él á un sitio poco distante del lugar en que había tenido lugar la captura.

Le depositaba entonces en el suelo; y clavándole en las sienes las aceradas uñas, y magullando de cien

maneras diferentes el cuerpo de su víctima, acababan bien pronto con el espíritu vital que la alentaba.

Algunos de los congéneres, permitámosle este concepto, de aquel hotabac, si de tal podía calificárselo, acudían al mismo sitio, llevando también su correspondiente presa, ó bien dándose por convidados en el banquete que se preparaba. Para todos había cabida; el *tuyo* y *mío* parecía desconocerse entre ellos.

Antes de dar principio al festín reuníanse en torno de sus víctimas, y prorumpiendo en cavernosas risotadas y guturales murmullos, que formaban un gúrrigay infernal, dando á sus móviles fisonomías una espantosa gesticulación y á todos sus miembros una elasticidad prodigiosa, entregábanse á la más diabólica y desordenada de las danzas.

Aquella especie de galop en rueda no estaba sujeta á ritmo ni á cadencia musical alguna. Era un conjunto de cabriolas, saltos y brinco desatinados y extravagantes. Cuando este singular ejercicio empezaba á fatigarlos, suspendíale de repente, y entonces....

Con pasmosa facilidad aquellas monstruosos entes descoyuntaban los huesos de sus víctimas, cortaban con sus agudas incisivos y enormes molares los ligamentos y ataduras que sujetaban entre sí los respectivos miembros, y hendían y desgarraban sus carnes, palpitantes aún, con sus encorvadas uñas.

Bebían con singular avidez la sangre de los infelices inmolados en aquella horrible hecatombe; otro tanto hace el terrible jaguar cuando cae sobre su presa.

Disputábanse las uñas con preferencia á los demás miembros; tal vez constituían para ellos el más exquisito y delicioso de los bocados. Enormes trozos de carne animada, caliente, viva aún, si es posible decirlo así, desaparecían unos tras otros, más que masticados, engullidos á la manera de los esquimales.

De sus anchas bocas pendían largos pedruzcos, que poco á poco tragaban con inconcebible voluptuosidad; de las entrecabiertas mandíbulas, por las comisuras de sus gruesos labios, se escapaban negras arrojones que gotaban el precioso líquido de la vida, dejando horribles huellas de sí en los cuerpos y en las fisonomías de aquellos repugnantes seres.

Algunos de ellos, más sibaritas quizás, dejaban la carne á sus compañeros, y apoderándose de los ya descarnados fémures, tibias y peronés, partíanlos por la mitad con una gran piedra, y extraían después con ansia la blanda médula contenida en ellos; los poderosos músculos de sus labios verificaban aquella horrible succion sin gran esfuerzo; acto continuo roían y masticaban con verdadera delicia los destruidos huesos.

Y todo esto tenía lugar en medio de estridentes risotadas, broncos resoplidos y cien y cien sonidos diferentes, que semejabán, al parecer, todos los ruidos de la Naturaleza.

Aquel pavoroso drama, tantas veces reproducido en la escena del mundo, inspiraba á la vez miedo y asco.

III.

— Volvamos piés atrás — dijo Cróssbow á su gente. — Importa no ser apercebidos de estos bárbaros....

Pero tarde adoptó el capitán inglés aquella resolución. Por sigilosamente que quisieran los marinos practicar aquella evolución, fue notada su presencia tan luego pusieron en marcha; hasta allí habían permanecido medio ocultos entre las árboles y la maleza del bosque; pero el ruido de sus pasos y el de las armas, que, heridas por el sol, brillaban á cada movimiento con nuevas luces, les denunciaron ántes de mucho.

Un grito de alarma pareció al que en iguales casos exhalan algunas fieras, se escapó del robusto tórax de uno de los antropófagos; era el primero en apercibirse de que otros seres, bien singulares sin duda para ellos, se alejaban á buen paso de aquellos sitios pretendiendo internarse en el bosque.

Al grito de alarma del salvaje respondieron otros varinos; pronto agrupáronse en considerable número. Todos señalaban hácia los ingleses; y con incomprensible mímica y aún más indescifrables gritos y vociferaciones parecían darse cuenta del suceso.

La situación de los marinos era á todas luces comprometidísima.

— Hagámonos frente — exclamó John Cróssbow; — algunos disparos de nuestras carabinas les escarmentarán y tal vez desistan de sus intentos.

— Antes de que carguemos nuevamente nuestras armas — repuso William — encrá sobre nosotros esa muchedumbre y nos hará pedazos. Huyamos, dispersemos cada uno por su lado, y habrá á favor nuestro más probabilidades de escapar á lo que nos espera.

John Cróssbow quiso resistir y contrariar este propósito; pero el efecto que las palabras de su satélite causaron en los marinos fué verdaderamente deplorable.

Poseídos de extraño vértigo, dájronse á correr por opuestos lados. Pronto á su espalda resonó infernal gritaría; los antropófagos, al verles huir, lanzáronse como un solo hombre en su persecución.

Es indudable que toda resistencia por parte de los ingleses hubiera sido temeraria; pero más que á los consejos de la prudencia, cedieron á las interesadas insinuaciones de la avaricia: temieron perder las riquezas que llevaban consigo, y vieron en la huida el medio más eficaz para ponerlas en salvo.

Empero, contados fueron los que lograron escapar de aquel terrible desastre. Si se hubiera desprendido del enorme peso que sustentaban, tal vez consiguiesen librar la vida; pero abrumados por su preciosa carga, de la que la codicia impedía desposeerse, pronto fueron alcanzados por los canibales, que cebaron en ellos sus instintos feroces; pronto sus miserables cuerpos convirtiéronse en informes conjuntos de quebrantados huesos y materas carnes.

IV.

¿Qué fué, me preguntarás, lector amigo, en aquella siniestra catástrofe, de la pobre Clotilde y del honrado *Borrasca*? Paso á satisfacer, como es de mi obligación, tu justa curiosidad.

Llenos de terror, al par de los marineros ingleses, contemplaban el lúgubre cuadro que ante sus atónitas

miradas se ofrecía; mas el contramaestre español, atento siempre á lo que más le importaba, y aprovechándose á maravilla del esturpe de sus guardianes, hizo que Clotilde desatara las ligaduras de sus manos.

Terminóse esta operación, desempeñada con gran cautela por la valerosa jóven, en el preciso instante en que los ingleses emprendieron su desdichada huida.

Al par de ellos, y sacando fuerzas de flaqueza, como vulgarmente se dice, diéronse también á correr los acenestrados. Su terna estrella favorecióles en aquella ocasión. Apenas habrían recorrido una veintena de metros; cuando presentóse á su vista un gigantesco sicomoro que les ofrecía seguro asilo.

Casi en la base de su enorme tronco había quizás socavado la vejez un hueco, suficiente para ocultar á dos personas; en él refugiáronse la esposa de don Félix y su acompañante; éste atrajo entónces hácia sí las ramas y la hojarasca de los arbustos próximos, y con ellos quedó perfectamente disimulado al exterior el hueco que les daba abrigo.

Mister Cróssbow, que les seguía de cerca, echó rápida mirada en derredor suyo para orientarse del lugar en que quedaba su hija, y siguió avanzando á la carrera por el bosque. De repente, una acacia, cuyo tronco brindaba fácil acceso, así como su espeso follaje oculta asilo, hallóse interpuesta en el camino del capitán inglés.

Con gran presteza lízose cargo éste de las ventajas que el árbol le ofrecía, y escalando su tronco se aposentó en lo más intrincado de su ramaje.

Trascurrió el tiempo: la algazara, el atronador bullicio de los antropófagos fué extinguiéndose poco á poco; el bosque recobró su antigua soledad, su aterrador silencio, interrumpido apenas por el canto de las aves y el zumbido de los insectos.

Juan Ballesta descendió entónces rápidamente de la acacia, y anhelante, poseído de viva emoción, encaminóse al paraje en que su hija y *Borrasca* encontraron feliz abrigo.

Pronto llegó á él; allí estaba el ahuecado árbol; aquí era, evidentemente, el sitio; pero Clotilde y el contramaestre habían desaparecido ya.

Insospechada desesperación apoderóse del capitán inglés; por la primera vez de su vida una ardiente lágrima surcó su enérgico semblante.

Recorrió afanoso los alrededores del enorme sicomoro; llamó á grandes gritos á Clotilde y al contramaestre; todo fué en balde: sólo un ligero murmullo, eco lejano de sus palabras, le contestó: tampoco halló en la tierra señales de pisadas ni rastro alguno que le orientase acerca de la suerte de los que con tanto interés buscaba.

Únicamente vió, á corta distancia del sicomoro, en un espacio de terreno, casi empapado de sangre, destrozadas ropas, y un repugnante monton de descarnados huesos, cartilagos y otros informes restos humanos.

Preso de mortal inquietud examinó atentamente aquellos despojos mortales, y creyó ver en ellos el triste fin que algunos de sus subordinados obtuvieron.... Pero no hallaba una prueba fehaciente, terminante, que justificara en absoluto esta opinión.

Y la duda, con sus cien y cien agudos torcedores, atenacaba en aquellos instantes el corazón del terrible y atrabiliario Juan Ballesta.

CAPÍTULO XIV.

EN LAS MÁRGENES DEL RÍO. — EL HOMBRE PRIMITIVO
 Ó LOS HOMBRES-FIERAS. — EL MARINERO SEBASTIAN
 FRAJES. — ¿QUÉ CONTENDRÍA AQUEL SACO? — RE-
 VELACIONES.

I.

¿Qué era entre tanto de don Félix, del vivaracho doctor y de sus fieles marineros? ¿Qué de la expedición emprendida en busca de Clotilde y del contra-maestro?

Recordará el lector que quedaronse á las orillas de un anchuroso río, en cuyas márgenes encontraron, próxima á algunos humanos restos, la americana de la joven convertida en suecos y despedazados jirones. Tan triste hallazgo sumió á los que le contemplaban en el mayor desconsuelo.

El capitán, sobre todo, daba muestras de la aflicción más viva, aunque sus labios no articulaban frase alguna, ni se advertía en su semblante visible alteración; sólo de vez en cuando espasmos nerviosos agitaban bruscamente sus músculos; sus ojos, medio entorpecidos, fijábanse con insistencia en los tristes despojos que delante de sí tenía; su extrema inmovilidad, su extraordinario mutismo dábanle la apariencia de una estatua.

Pero su dolor, sombrío y silencioso, no era por esto ménos vehemente y apasionado que el que se entrega á tristes lamentaciones ó á arrebatados impulsos.

— Vamos, vamos, tranquilizémonos — dijo de pronto el doctor, que examinaba los enterdichos despojos. — Estos huesos hace mucho tiempo que se les ha arrancado su carne y....

No pudo continuar; sonoros lamentos oyéronse de repente á alguna distancia de aquel sitio. Exhalábase *Urdemalas*, que rastreando la arenosa orilla habíase alejado de allí paso entre paso.

Como movidos por una sola idea precipitáronse los marineros en busca del perro.... El doctor, tomando del brazo á su amigo, le arrastró en pos de sus subarlinados. Á cosa de cuarenta metros, siguiendo la orilla hacia el S., el inteligente sabueso había encontrado nuevamente la pista. Veíanse marcadas en la arena las pisadas que hasta entónces habían trazado el camino; pero en vez de continuar por la margen del río alejábase en línea recta hacia el E.

Alentando vivas esperanzas, iban los exploradores, por mandato de don Félix, á seguir aquel nuevo rastro, cuando detuviéronse sorprendidos ante la extraña gritaría y tumulto que resonó en la orilla opuesta.

Pronto vieron aparecer en ella gran número de salvajes. Parecían aterrados y huían en monton hombres, mujeres y niños. Dirigiábase á la carrera hacia un puente natural que á poco más de cien metros facilitaba el paso del río.

Desde el lugar que ocupaban los expedicionarios

elevábase el terreno por ambas orillas á considerable altura, estrechando al mismo tiempo el cauce del río del tal modo, que éste corría á poco encallejado entre altísimas peñas, cuyas paredes distarían entre sí quince metros á lo sumo.

Desde la margen derecha, en aquel sitio, extendíase á manant de arco sobre el río un peñasco enorme, que le cubría en sus tres cuartas partes; del lado opuesto avanzaba asimismo otro gran peñasco, que casi se unía con el primero, pues apenas entre los dos mediaba un espacio de veinte ó veinticinco centímetros.

La feliz disposición de aquellas rocas presentaba un puente natural, cuya altura al nivel de las aguas excedería de setenta metros. En Asia, América y aun en la misma Europa se ven algunos de estos atrevidos y singulares puentes, que son obra exclusiva de la Naturaleza.

Al de que vengo hablando encaminábanse, poseídos, al parecer, de inmenso pánico, numerosos grupos de salvajes de negra piel y proporcionados miembros.

Quizas en aquellos momentos empezaba la terrible persecución que por parte de los antropófagos sufrieron. Con su antejo observaba el doctor aquella curiosa escena, que ántes de mucho tomaría sangriento y lúgubre carácter.

En efecto, apenas el grueso de los fugitivos hubo pasado por el puente, presentóse una horda de extraordinarias criaturas en la margen del río; perseguía, dando espantablesullidos, á los que parecían huir de ellos. Cerca del puente, algunos rezagados fueron pronto víctimas de la voracidad de sus enemigos.

II.

Absorto, maravillado, lleno de estupefacción, contemplaba el señor Poey, á favor de su catalejo, lo que llevamos dicho.

— ¡ Ah, capitán! ¡ capitán! — exclamó de pronto — ¿quién lo creería? Esto es admirable, portentoso, piramidal. Tepemos á la vista el hombre primitivo, el hombre de las edades prehistóricas. El *homo silvestris* de Linneo en su *Sistema Natura*; el *homo troglodyta*, segun le han designado despues los zoólogos, ó el *homo-fera*, como yo opino que debe calificárseles. ¡ Ah! el hecho no me ha sorprendido, le esperaba; es lo más natural, que en esa selva primitiva, que posee la fauna y la flora que le corresponden, habitase también el hombre-fiera de aquellos tiempos; le denomino así porque sus instintos, sus costumbres, su fuerza enorme apenas debían diferenciarse de los de las más terribles fieras. Contemplad, don Félix, su aspecto salvaje y feroz, su deprimido cráneo en el que el desarrollo de la inteligencia es poco ménos que imposible. Ved cómo á semejanza del tigre y del jaguar se arroja sobre su presa; ved como la quebranta los huesos y bebe avidamente su sangre.... Sí, sí, no se puede dudar.

(Se continuará.)



MONASTERIO DE VERUELA.

SANTA MARIA DE VERUELA.

En este número ofrecemos á los lectores de LA AMENIDAD la vista del célebre monasterio de Veruela.

Así la fundación de este monasterio, que va unida á una de esas poéticas leyendas tradicionales de los siglos remotos, como los rasgos de su historia y la descripción de los tesoros arquitectónicos que contiene, ofrecen ancho campo á la fantasía del poeta y al estudio del arqueólogo y del historiador. Erigido al pie del Muncayo, y en el valle que le ha dado nombre, al comenzar el siglo duodécimo, guardan sus muros inestimables vestigios de los diferentes géneros de arquitectura que han venido sucediéndose unos á otros hasta nuestros días desde aquella lejana época.

La importancia histórica del monasterio, realizada por la imponente grandeza de su fábrica y el mérito y la variedad de sus detalles, le han granjeado entre los inteligentes el sobrenombre de *El Escorial de Aragón*, sobrenombre que justifica en todos conceptos la magnífica obra, debida á la munificencia y piedad de D. Pedro Atares.

ALCAZAR DE SEVILLA.

EL PATIO DE LAS MUSCAS.

I.

Invasida España por los árabes en los principios del siglo VIII; vencido por ellos el enervado pueblo goda en los campos de Jerez; heredada por los moros africanos, por los almorávides vencedores y expugnadores á su vez de los árabes en el siglo XI, la civilización de aquel maravilloso pueblo constituido con las tribus nómadas de los pastores del Iemen y del Hedjaz por el genio de Mahoma; transmitida á su vez esta civilización por los almorávides á sus vencedores los almohades; invadida España por estas diferentes razas, ganando los solariegos lentamente contra ellas y por un espacio de más de siete siglos, en una tenaz guerra de restauración, lo que en pocos días habían perdido los godos, hasta encerrar á los moros en un rincón oriental de España, comprendido dentro de las fronteras de lo que se llamaba en otro tiempo reino de Granada, hasta que al fin fueron totalmente expulsados por los Reyes Católicos, naturalmente ese pueblo debió dejar hondas huellas de su paso sobre el país que por tanto tiempo había dominado, y las dejó, en efecto, en las costumbres, en el traje, en la lengua y en la arquitectura.

De su arquitectura es de lo que vamos á ocuparnos á propósito del alcázar de Sevilla.

No entraremos en la tan debatida cuestión de si la arquitectura árabe es hija de la bizantina ó madre de la ojival, ni si la ojival fué del Norte á Oriente ó vino de Oriente á Europa.

No necesitamos perdernos en esta cuestión que

aun no ha concluido, porque vamos á tratar de la arquitectura árabe-española, y la arquitectura árabe estaba ya formada y con carácter propio bastante á distinguirla cumplidamente de cualquier otra arquitectura, por asimilable que á ella fuese, cuando los árabes invadieron á España.

La arquitectura árabe en nuestro suelo marca perfectamente tres períodos: el de embrión, por decirlo así, el de desarrollo y el de decadencia.

Los monumentos árabes de Mérida y Toledo en su mayor parte pertenecen al primer período; ya está allí el carácter, el rasgo fisionómico, digámoslo así, el estilo; pero rudo, pobremente sencillo, monótono, cierta pobreza de imaginación que va desapareciendo en el desarrollo, y que completamente desaparece en la decadencia, en el embellecimiento, en el refinamiento, en el culteranismo, si se nos permite la frase, de esta arquitectura.

Si determinar fechas, cuya exactitud sería dudosa, apeláramos á la gradación existente en los monumentos que de los árabes nos quedan: encontraríamos el embrión, el género que todavía no se ha determinado completamente, que acusando de una manera enérgica el gusto árabe, recuerda, aun con vigor, el gusto bizantino en Mérida y en Toledo; veremos el desarrollo, la determinación, la virilidad de esa arquitectura, primero, en la mezquita de Córdoba, y después, más determinada aún, en el alcázar de Sevilla; por último, encontraríamos el embellecimiento de su decadencia en esa joya inapreciable que se llama la Alhambra.

Ahora sólo nos toca hablaros de la segunda época de la arquitectura árabe en España, puesto que hemos colocado al frente de este artículo un interior del alcázar de Sevilla, tomado en fotografía; más adelante, cuando tengamos fotografías de Toledo ó de Mérida, nos ocuparemos de su primer período, y del último cuando os demos á conocer fragmentos de la Alhambra.

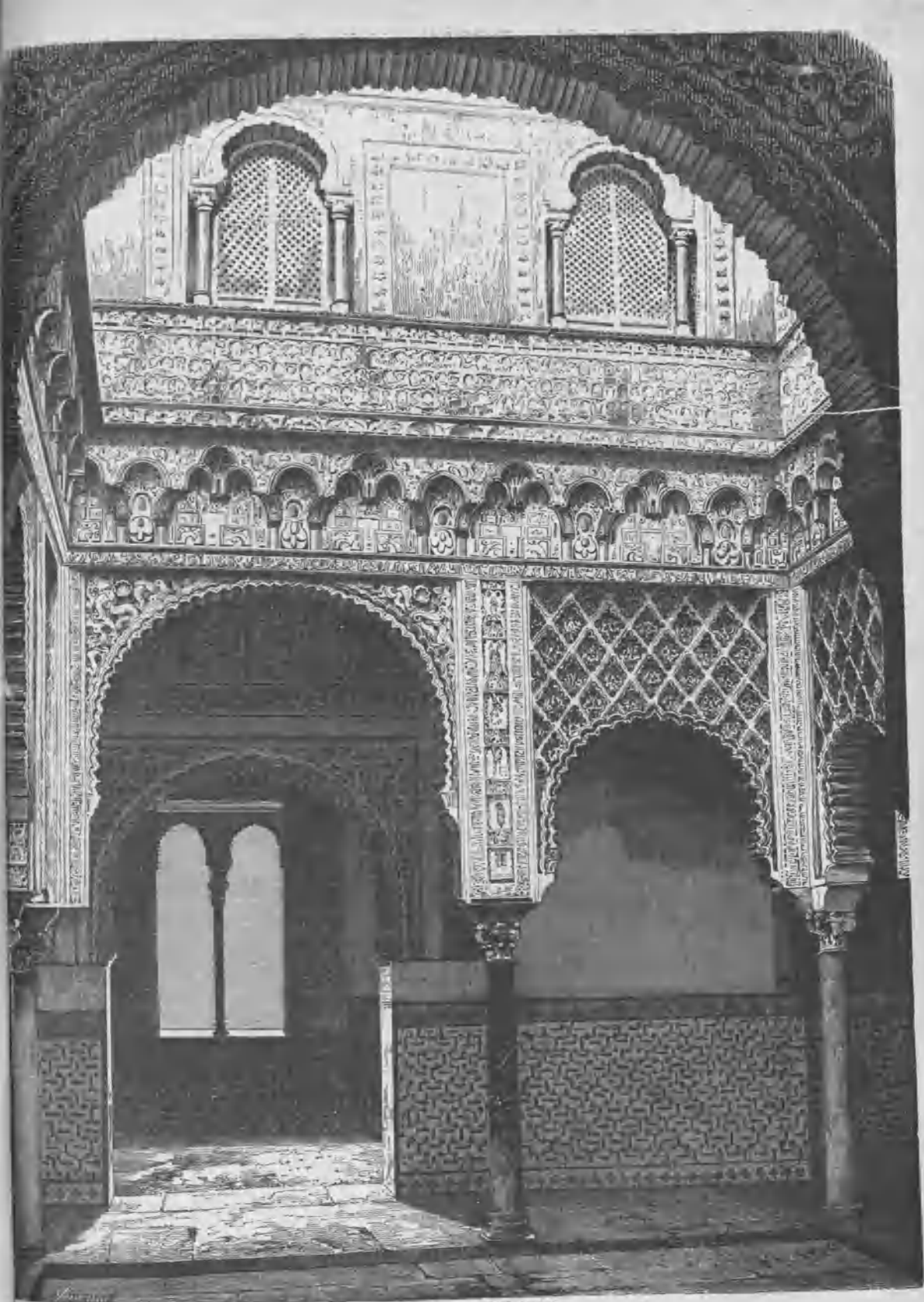
II.

Vengamos al alcázar de Sevilla.

Prescindamos del antiguo, del que se dice fué edificado por el emir Abd-al-Aziz, y restaurado por San Fernando, después de la conquista, con adiciones ojivales.

Ese alcázar no existe; el que aun vive, aunque mutilado y embadurnado y dorado y pintado en alguna de sus partes, no sabemos con cuán mal gusto y con cuánta barbarie, fué construido por el rey don Pedro de Castilla en el siglo XIV.

Este Rey, cuyo carácter no ha definido bien la historia, llamado por unos *el Justiciero*, *el Cruel* por otros; este Rey, cuyos restos no puede asegurarse estén en el sarcófago que existe escondido y como avergonzado dentro de la clausura del convento de Santo Domingo el Real de Madrid, mientras los restos de su asesino fratricida se guardan bajo un insolente mausoleo á la vista de todo el mundo en la capilla de los Reyes Nuevos de la catedral de Toledo, siendo lá mancha, la excrecencia de aquel noble



PATIO DE LAS MUÑECAS.

panteon; el rey D. Pedro, decimos, de carácter tan cuestionable, tan vário, tan contradictorio, dejó, sin embargo, una muestra inequívoca de su buen gusto y de su amor á las artes en el alcázar de Sevilla.

Lo que no podemos comprender es que remontándose las primeras construcciones de la Alhambra, si fué Al-Htamar-el-Nazerita quien comenzó su creacion, al siglo xiii, y habiendo sido construido el alcázar de Sevilla en el siglo xiv y por alarifes y granadinos, exista tan marcada diferencia entre uno y otro alcázar.

La Alhambra muestra ya ese embellecimiento de las líneas móviles, multiplicadas, prodigadas en todas las combinaciones geométricas posibles, dentro siempre del carácter de la arquitectura árabe, atendida siempre á la belleza y á la simetría, pero buscada siempre esta simetría, por no hacerla monótona y empobrecedora, en anchas y múltiples combinaciones; simetría en el pensamiento, en el todo, nunca en el detalle, de tal manera, que el un lado de un patio ó de una cámara, aunque igual en su forma general al otro del frente, se diferencian de él en su adorno, y jamás encontraréis una tabla de *escacra* cuyo adorno sea exactamente igual á su tabla contrapuesta. Hallaréis en los vanos de las columnatas todas las formas posibles: el semicírculo, el festón triangular, el arco pronunciado de herradura, la herradura deprimida, el pabellón estaláctico, el dintel; la Alhambra os parecerá el resumen arábigo de todas las arquitecturas orientales, sus abuelas, y si descendéis á las pequeñas partes, á los detalles, hallaréis una ejecución que despena: toda facilidad que asombra, un efecto que encanta: todo preciso y determinado, todo concluido, todo menudo, todo afligranado, todo matizado y sin que esta conclusion y esta decisión en la manera de la hechura establezcan ni lo duro ni lo crudo; veréis un artesonado de hacerla complicada y sencilla á la par, haciendo de una estrella, que os parecerá imposible que otro artesonado mas bello se os presente, y encontraréis más allá otro, naciendo de un cuadro diferente en un todo del que primero visteis, y luego veréis otro que tiene por base el triángulo, y otro que se desarrolla sobre el círculo. Y todos os habrán parecido tan bellos el uno como el otro, porque lo maravilloso de la Alhambra es que una belleza no perjudica á la otra, antes todas aquellas bellezas reunidas constituyen un conjunto encantador; cuando veáis la Alhambra comprenderéis entero al pueblo árabe, porque la Alhambra es un simbolo, porque allí está la bravura del islamita en los moros de roca severos y amenazadores en el exterior; su voluptuosidad, en aquellos retretes encantados; su religion, en las inscripciones que se prodigan por todas partes.

La Alhambra es á un tiempo la armadura, el harén y el Korán.

El alcázar de Sevilla, por el contrario, hasta en los más ricos interiores es severo, seco, nervioso, por decirlo así; recuerda aún la antigua arquitectura árabe de Oriente, que aprovechó para levantar sus arcos de herradura los fustes y los capiteles bizantinos que había arrojado por tierra el fuego de la conquista; y

todos estos capiteles son iguales, en cada departamento, en su forma, ó iguales en el género en todo el alcázar; sus arcos están determinados, en la general, por dos solas líneas curvas, que unas veces producen completamente la ojiva seca del gótico primitivo y otras el arco de herradura.

El adorno es poco múltiple, líneas esbeltas las proporciones que las de la Alhambra, y la ejecución es más ruda, pudiendo exceptuarse de este juicio general la parte árabe del salón de Embajadores, rico y grandilocuente, mejor y más bellamente concluido y ejecutado que el resto del alcázar, y su parte más bella; sin duda, aparte de la mezcla de géneros y de arquitecturas que en él se advierten.

No comprendemos, pues, sino como una aberracion, como un menús al progreso constante de la inteligencia humana, cómo la Alhambra, siendo más antigua que el alcázar de Sevilla, y habiendo trabajado, segun cuentan las crónicas, alarifes granadinos en el alcázar, sea éste ménos bello, es decir, más primitivo que la Alhambra.

Una de dos: ó los alarifes granadinos á quienes el rey D. Pedro encargó la construccion de su alcázar fueron por desdicha los peores de Granada, ó no fueron granadinos, pudiendo muy bien ser africanos, en cuyo caso se comprende perfectamente la diferencia que se nota entre ambos alcázares, por el desventajoso lugar de civilizacion y buen gusto en que se encontraban los africanos con relacion á los moros andaluces, que habian heredado entera la civilizacion árabe, llevándola, á lo ménos en artes, á un desarrollo sorprendente, de lo cual es un testimonio incontestable la Alhambra y los otros monumentos árabes de Granada.

III.

En el patio de las *Mirceas* (ignoramos la causa de este nombre), os damos una bella muestra de la valía de este alcázar.

Este patio consta de diez arcos de herradura, aunque en la ilustracion que estampamos sólo pueden contarse seis, quedando ocultos los otros á la vista, en razon de las condiciones perspectivas.

Una galería con una faja de *alicatado* muy sencilla la rodea, y por una bella puerta se ve al fondo un *ajimez* que por su gusto y sus proporciones revela á primera vista que no le construyeron alarifes moros; en efecto, esta ventana y otra, en un salon contiguo al patio, se abrieron en 1833, en que esta parte del alcázar fué tratada de una manera bárbara, bajo pretexto de restauracion.

El pavimento es de mármol blanco, resquebrajado ó irregular; las columnas no tienen una gran esbeltez, y como se ve, no se ha cuidado de la simetría, siendo notablemente desiguales las dimensiones de sus arcos.

Sobre éstos, y por los cuatro lados del patio, corre una sencilla inscripcion africana que se extiende al recuadro de los arcos, y sobre esta inscripcion se asienta una cornisa de bovedillas prominentes, con gruesos arabescos en los paños de sus arquitos; sobre

este cornisamento hay una faja de adornos pesados y sobre ella jimecillos con colodras sencillísimas.

El conjunto de este patio es muy bello, y sobre todo acusa enérgicamente la pureza del género árabe de la época á que este departamento corresponde.

De desear sería que se cuidase más de la conservación de estos edificios, que costaron sumas inmensas, y á los cuales hacen más daño las restauraciones bárbaras que el tiempo.

El alcázar de Sevilla, que se ha cuidado más que la Alhambra, está infinitamente más bastardeado que está.

Es que el tiempo destruye, pero no reemplaza, no adhiere.

¿Y qué importa que un monumento se libre del estado y del aspecto de ruina, si pretendiendo conservarlo se le ha sepultado, se le ha cubierto con un sudario de infames y brutales restauraciones?

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

HERNAN-CORTÉS.

Mozo era aún Hernán-Cortés cuando manifestó resueltamente á sus padres que deseaba seguir la carrera de las armas. Quiso primero embarcarse para Italia, deseoso de militar bajo las banderas de Gonzalo de Córdoba; mas detenido por una grave enfermedad, cambió de intento y se dirigió á la isla de Santo Domingo. La encontró ya vencida y sujeta, y como no pudiese resistir el afán de acreditar en algun combate su denuedo, la dejó por la de Cuba, que se oponía á doblar la frente bajo las espadas de Castilla. Dejó allí clara muestra de valor y pericia; tanto, que á poco de concluida la lucha, mereció que Diego de Velázquez, gobernador de la isla, le eligiese por jefe de una expedición que pensaba enviar á las costas de Yucatan y Nueva España. No sólo aceptó con placer tan peligroso cargo; se ofreció á sufragar y sufragó las dos terceras partes de los gastos que ocasionó la compra y el equipo de los buques.

Pequeña era su escuadra — un bergantín y diez lujas; — cortó el número de sus tropas — quinientos ochenta infantes y diez y seis caballos; — mezquina la misión que había recibido de Velázquez — rescatar seis prisioneros, auxiliar á Grijalva y procurarse, á trueque de bujerías, grandes sumas de oro; — pero se creía el con bastantísimo ejército para dominar un reino y era hombre para quebrautar, por el engrandecimiento de su país y la gloria de un nombre, instrucciones que había dictado una codicia sordida.

Salió Cortés de las aguas de la Habana el 10 de Febrero de 1519. Tocó en la isla de Cozumel, dobló la punta de Cotoche y recorrió la costa hasta la embocadura del Tabasco. Entró en este río con las barcas menores y todo el grueso de su gente, y vio á poco las riberas y aun la tierra adentro cubiertas de indios armados. Hizoles decir que iba de paz por medio de Aguilar, su intérprete; mas no alcanzó que le

abrieran paso y suspendió la marcha hasta el amanecer del otro día.

Compió entonces á arcabuzazos con los que defendían las márgenes, los desalojó, saltó en tierra con su ejército y cargó sobre ellos tan de reojo que no tardó en tener por suyo todo el campo. No se satisfizo ya con tan fácil victoria; tomó por asalto una ciudad del mismo nombre del río, que era la principal de la comarca, derrotó en una batalla á cuarenta mil hombres, obligó á pedir rendimiento la paz al cacique de Tabasco.

Bajó otra vez al golfo mejicano y pasó con toda su armada á San Juan de Ulúa. Dió allí con jefes indios que le preguntaron, en nombre de un emperador para él desconocido, con qué intento abordaba aquellas playas; mas léjos de turbarse, le habló como enviado de un poderoso rey de Oriente, los forzó con enérgicas palabras á comunicar á Motezuma su resuelto deseo de darle personalmente la embajada.

Recibió del príncipe, aunque acompañada de grandes regalos, una decidida negativa; instó, y recibió otra. No por esto desistió de su empeño. Constituyó en el mismo San Juan la villa de Veracruz, primero en una de aquel vasto continente; renunció en manos de los alcaldes y regidores los títulos que debía á Diego de Velázquez, y ya que se vió nuevamente investido por el concejo y el ejército del cargo de gobernador de Nueva España, impuso silencio á cuantos se permitían censurar sus actos, y caminó derechamente á la realización de su ignorada empresa.

Se confederó con los caciques de Zempoala y Quibislan, que deseaban sacudir el yugo del Imperio, y defendiéndoles luego contra seis ministros de Motezuma que iban á exigirles, en castigo de haberle adonado, un tributo de veinte jóvenes para las aras de los dioses, logró la sumisión de todos los indios sotonaguas. Hizo prender á los seis ministros, pero dió libertad á dos y puso á los demás á cubierto del furor del pueblo, con lo que alenizó ya que el Emperador le enviase una embajada en que dejaba traslucir respeto y miedo. Alentado cada día más, levantó, á mucha distancia de Quibislan, fortaleza y población para su nueva villa; escribió á su Rey, le mandó procuradores y frutos de su empezada conquista, y con el fin de poner término á la indecisión de sus soldados, que de vez en cuando suspiraban por tomar la vuelta de Cuba, dió la heroica orden de dar al traves con las naves.

—No es ya posible retroceder — dice á su eseno ejército; y dejando ciento cincuenta hombres en la recién fundada Veracruz, á las órdenes de Juan de Escalante, parte decidido á abrirse paso hasta la misma corte del Imperio. Con sumergir sus naves había hecho útil para el servicio de tierra una tripulación numerosa; atraviesa las fronteras de Zempoala y entra en Zocotlan con casi el mismo número de infantes y caballos que llevó de la Habana, con más seis cañones y un refuerzo de cuatrocientos indios. No halla resistencia en Zocotlan, pero sí en Tlascala, república belicosa que los emperadores de Méjico no han podido reducir nunca á servidumbre.

Tres veces tiene que entrar allí en batalla con ejér-

cientos de cinco y cuarenta mil hombres; otras tantas desplegar nuevos recursos para no dejarse arrollar por un joven que en la última jornada bregó á desbaratar el frente de sus tercios. Fortificóse en una eminencia, y asaltado de noche se precipita con tanto ardor y ventaja sobre el enemigo ántes y despues de rechazarlo de sus muros, que recibe al otro día embajadores en demanda de una paz, que por de pronto aplaza.

Buscando nuevos enviados de Méjico para que se resistía á concederla; mas alega que mal puede negarla quien no abriga otros deseos que el de llegar á los pies de Motezuma sin una gota de sangre en sus armas. La otorga ante ellos á Xicotencatl, jefe de las tropas de la república, y sólo demora ya el día de su entrada en Tlascala.

No la ha verificado aún, cuando sabe por otros delegados que está dispuesto el Emperador á pagar tributo á los Reyes de Castilla con tal que él abandone su empresa; mas replica que son otros los motivos de su embajada, y se traslada á la ciudad, donde se le hacen honores tributados sólo á los dioses.

Va de Tlascala á Cholula, ya con beneplácito del monarca mejicano. Recela allí que se trabaja contra su persona, está en acecha; y ya que ha descubierto la conspiración, deja que estalle para tomar una venganza sangrienta. Démase á las armas al oír el primer grito de guerra, baña en sangre su propio cuarteel, ocupado por dos mil mejicanos; cubre calles y plazas de cadáveres. No tardó en humillarse Cholula. Se le presta á confederarse con la república de Tlascala, que aborrecía de muerte.

¿Desconociera Cortés que había sido Motezuma el autor del alzamiento? Aparento, no obstante, ignorarlo. Dejó la ciudad, tomó el camino de Guajocingo, rompió otra red que le tenían preparada en Chalco y llegó á Méjico sin desnudar la espada. Poco menos que como un dios entró también en aquella capital, sentada como otra Venecia sobre un lago. Fué regado y obsequiado por Motezuma, que le salió al encuentro con toda su nobleza, y se apodó, al verle, de sus andas de oro; fué alojado él y todas sus tropas en un fuerte y magnífico palacio, donde se estableció como en un alcázar. Mas ¿qué había de hacer ni de intentar con tan modesto ejército en el corazón de un Imperio poderoso? Redújese primero á manifestar al Emperador el supuesto deseo que tenía su Rey de que se abriera comercio entre las dos naciones y abjurara más ó ménos tarde la de Méjico los errores de la idolatría. Hallándole luego propicio hasta el punto de quererle reconocer feudatario de la corona de España, para mejor asegurarse de que no quebrantaría la palabra, le prendió y le llevó á sus cuarteles bajo el pretexto de que esa villa de Veracruz había sido acometida por tropas mejicanas y era preciso desarmar con aquel acto el furor de sus soldados, obligándole á continuación á que le entregara al jefe de aquellos agresores; y apenas tuvo en su poder á Cualpopoca, le sujetó á un consejo de guerra, le hizo cecentar á las puertas de su alojamiento, y poner en tanto grillos al mismo Motezuma.

Motezuma estaba aterrado. Supo de una conspira-

ción fraguada, en favor de libertad, por el Rey de Tezcoco, y se apresuró á descubrirla. Oyó de boca de Cortés que convenia deponer al Rey conspirador, y lo depuso. Obtuvo autorización para volver á su palacio y no se atrevió á dejar el de su cárcel. Convenció apresuradamente á todos los caciques del Estado; les manifestó lo obligados que estaban todos á reconocer la supremacía de monarcas que, como los de Orizaba, eran nietos de Quetzalcoatl, el gran fundador del Imperio, y se declaró solemnemente tributario de los Reyes de Castilla. Pagó desde luego el tributo; le hizo satisfacer á sus caciques.

No podía llevar más allá el deseo nuestro audaz soldado; ¿tenia ya motivos para permanecer en Méjico? «Dejaré la corte en cuanto reciba aviso de que está reconstruida mi armada», dijo á Motezuma.

Supo en esto, sin embargo, por enviados de Veracruz, que habia desembarcado en San Juan de Ulloa, y estaba ya en Zempoala, un cuerpo de ochocientos infantes, ochenta caballos y diez ó doce cañones que venían contra él á las órdenes de Pánfilo de Narváez, delegado de Velázquez. ¿Cómo no había de inmuntarse, por sangre fría que tuviese? Piensa, delibera, resuelve con la celeridad del rayo. Deja ochenta hombres en Méjico, parte con el resto, vuela á marchas forzadas á la costa. Entabla inútilmente negociaciones de paz, busca al enemigo. Le presenta batalla, arde en impaciencia al ver que la rebusa. De noche, con sólo doscientos setenta y seis hombres, le ataca dentro de la misma villa de Zempoala, donde le tiene atrincherado. Es un torrente para sus contrarios; los envuelve, los arroja, pende al mismo Pánfilo.

En una sola jornada acaba con una facción que amenaza hacer infructuosa su conquista. En una sola jornada gana esos mismos soldados que nada de vencer, y se resuelven á seguir su suerte.

Con un ejército de más de mil hombres regresa á la ciudad de Tlascala, toma en ella dos mil infantes, vuelve á Méjico. En grande aprieto encuentra ya á su gente, que guarda á un prisionero, á Motezuma. La corte toda está en armas, y fatiga con frecuentes ataques á los ya debidos extranjeros.

Ni cesa, porque él haya llegado, el tumulto. ¿No cesa decimos? Ni basta ya un Cortés para atajarle. Rechaza todo género de asaltos, no sale á la calle que no venga, no da un paso que no conmueva al enemigo; mas le halla numeroso, obstando, resuelto á concentrar y mover contra él todas las fuerzas del Imperio. ¿Después de tanta fortuna tamaño contra-tiempo!

Ha perdido, para mayor desventura al Emperador, herido de muerte en la muralla, donde arengó y quiso sosegar al pueblo; no ve ya más camino que la retirada. La resuelve un consejo de capitanes y deja esa noche á Méjico.

¡Triste y aciaga noche! Rotos los puentes de la laguna, y atacado por agua y tierra de innumerables fuerzas, sin halla al amanecer sin sus mejores adalides, sin ciento cincuenta de sus soldados, sin dos mil tlascaltecos, sin más de cuarenta caballos, sin cañones. Llora Cortés al considerar tanto destrozo; mas ¿está allí todo su daño? Avisados por el nuevo

Emperador, los pueblos del tránsito salen á disputarle el paso, y ha de detenerse en cada jornada á dar frente al enemigo. Va adelantando: mas llega á Otumba y ve otra vez tendido por el valle todo el llano de las fuerzas imperiales.

— Llegó el caso de vencer ó morir— dice á los suyos: y no bien alcanza el llano, cuando se arroja con tanto ímpetu sobre los indios, que rompe al primer embate la línea, sin dar ocusión más que al manejo de las espadas y la pica. Largos y parados son los ataques de uno y otro bando, mas logra al fin que caiga el estandarte imperial en manos de uno de sus soldados y abandonan los mejicanos el campo.

Reunidas ya sus tropas, entra con la aureola del triunfo en Tlascala. ¿Diosdada de su empeño? Ayuda á los tlascaltecas contra los tepescuenses, en quienes tenía que vengar injurias propias; vence, vuelve á la ciudad, emprende formalmente la guerra contra Méjico. Se niegan á seguirle algunos de sus capitanes y soldados, mas recibe, en cambio, nuevas fuerzas que venían en auxilio de Narváez, y otras que acababan de abandonar la empresa de Garay por abrazar la suya. Cuenta de nuevo con más de quinientos infantes, cuarenta caballos, nueve piezas de artillería; pide auxilios á Tlascala, á Cholule, á Guajuatingo y á todos los pueblos confederados; manda construir bergantines, que han de ser traídos en hombros á Tezcoco, armados al pie de la laguna mejicana, y botados en ella para dominarla; manda sacar saúto del volcán de Popocatepec para la fabricación de la pólvora.

Sale de Tlascala con más de seicenta mil aliados, se apodera sin disparar una ballesta de la ciudad de Tezcoco, reconoce las riberas de la laguna, no sin deber entrar á cada paso en sangrientos y reñidísimos combates, y ya que tiene su armada en el lago, ataca por agua y tierra á Méjico, dividiendo el ejército en tres grandes trozos y llevándolos por los caminos de Cuyoacan, Iztapalapa y Yacuba. Cansa primero la ciudad con incesantes asaltos y arrebatos, en que pierde gente sin obtener grandes resultados; la asedia más tarde, intentando reducirla por hambre; se arroja, al fin, sobre ella por las tres calzadas, y la gana, y destruye calle por calle hasta lograr incorporarse sus tres divisiones en la plaza principal de Tlatelulco. De cerca de doscientos mil hombres llega á disponer durante el formidable sitio, y sale en algunos trances derrotado. ¿Será ó no poderoso el Imperio mejicano? Guatimozín, segundo sucesor de Moteczuma, al ver á Cortés en Tlatelulco, no tardó en rendirse. Quiso huir, y cayó en las manos de los españoles. Sucumbió Méjico, después de noventa días de sitio, el 13 de Agosto de 1521, sólo treinta meses después de haber dejado nuestro héroe las aguas de la Habana. ¡Era ya poca gloria para Cortés este suceso! Vencedor de sus muchos émulos y confirmado por el Rey en su cargo de gobernador de Nueva España, aspiró aún á la reducción de las provincias apartadas del centro del Imperio, y la confió á sus más bravos capitanes.

Supo el alzamiento de Cristóbal de Oliz en la de Honduras, y bajó por sí á pacificarla. Centenares de

leguas tuvo que hacer espada en mano por un terreno árido, quebrado, pantanoso, cruzado de anchos y caudalosos ríos, poblado más de fieras que de hombres; dos años debió pasar hambriento, enfermo, lleno de privaciones y fatigas. Nada le arredró, nada pudo quebrantar su voluntad de hierro mientras no tuvo sujeta aquella gran provincia.

¡Ay! Ignoraba que era, entre tanto, Méjico juguete de pedicelosos y traidores, que sus enemigos continuaban en Castilla haciéndole una guerra sorda y miserable, y no había de volver á mandar en Nueva España.

Fué Hernán Cortés, no sólo depuesto, sino residenciado; fué proscrito, aunque temporalmente, de ese mismo Imperio que acababa de ganar á costa de su sangre. Se retiró despechado á España, y halló en Carlos V alguna satisfacción de sus agravios, pero corta y mezquina. Recibió por toda recompensa el título y las rentas de Marqués del Valle.

Contento, sin embargo, y recién casado con Juana de Zúñiga, sobrina del Duque de Bejar, se retiró á Cuernavaca, villa mejicana de su nuevo señorío. ¿Se creerá que se entregó tampoco al ocio? Armó á su costa dos buques y los envió, en 1532, al Sur en busca de nuevas tierras; armó otros dos, sabedor que aquellos habían naufragado; armó otros tres, y acometió personalmente la empresa viendo el escaso fruto de las expediciones anteriores. Después de dos viajes y peligrosos temporales, pudo descubrir la costa de las Californias; mas quedaron malparados sus buques, y tuvo que retroceder á instancia de su esposa, dejándolos al cargo de Farnesio de Ulloa.

Desembarcó en España y acompañó aún á Carlos V en su malograda expedición de Argel, en que destruyó la tempestad una de las mayores armadas españolas. No tardó ya en morir, y lejos, por cierto, de Méjico, a que volvía incesantemente sus miradas. Espiró el 20 de Diciembre de 1547, en Castillejo de la Cuesta, á la edad de sesenta y tres años. Medellín, villa de Extremadura, fué el lugar de su nacimiento; Castillejo, pueblo de Sevilla, el de su muerte. Tan cercanos halló cima y sepulcro el que sólo acertó á encontrar la gloria en tan remotos países.

¿Fué intrachable como hombre, como militar, como político? ¿Fué digno del desprecio con que le miraron un Velazquez y un Fonseca? Si cometió grandes errores, llevó á cabo grandes cosas. Han pasado sobre su tumba las olas de la calumnia; no han podido mancharte. No se les ama hoy mucho á los conquistadores; mas ¿cuándo ha penetrado la civilización en pueblos rudos, sino por medio de la guerra?

F. PÍ Y MARGALL.

EPIGRAMA.

Á un militar muy cobarde
Quiso Juan darle un disgusto;
Le vió y le dijo: «¡Adiós, César!»
Y dijo el otro: «¡Adiós, Bruto!»
EUSEBIO BLASCO.



HERNAN-CORTÉS.

ANÉCDOTAS.

Un clérigo, algún tanto duro de cabeza, presentándose al obispo para que le concedieran la primera tonsura; respondió medianamente á las primeras preguntas, pero habiéndole éste mandado que tradujese las palabras del Credo: *Passus sub Pontio Pilato*, etc., tradujo el clérigo con la mayor serenidad:

— Pasó por el puente de Pilátos.

— ¡Asno! — exclamó el obispo; y el examinante, corrigiéndose, tradujo:

— Pasó bajo el puente de Pilátos.

— ¡Bestia! — interrumpió de nuevo el prelado.

— Pero, Ilustrísimo señor — replicó el clérigo todo aturdido — si no pasó por arriba ni por abajo, ¿por dónde ha pasado?

Un prelado alemán tenía entre sus subordinados un eclesiástico bastante tonto, el cual era aficionado á aplicar á todas sus respuestas el vocablo latino *Distingo*. Un dia, queriendo el prelado en una numerosa concurrencia burlarse de su tontería, le dijo seriamente:

— Señor D. Tadeo, ¿podrémos, en caso de urgencia, bautizar un niño con caldo?

— *Distingo* — respondió inmediatamente el interrogado; — con el caldo de la cocina de V. S. I., no, señor, porque sería un gran pecado; pero con el de la cocina del hospital que Su Señoría administra sí que se puede bautizar, porque si no es agua pura poco le falta.

Solucion á la charada del número anterior.

MISAL.

SUMARIO.

GRABADOS.—Monasterio de Yverna.—Patio de las Muñecas.—Hernan-Cortés.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas. TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Bousscard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Santa Maria de Yverna.—Alcazar de Sevilla, patio de las Muñecas, por Manuel Fernández y González.—Hernan-Cortés, por F. Pi y Margall.—Epigrama, por Eusebio Blasco.—Anécdotas.—Solucion á la charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra, IMPRESORES DE LA REAL CASA.